EL HOMBRE QUE FABRICABA ÓLEO

Germán Camacho López



Del autor de MegaDios

Una conmovedora historia de lealtad, mas allá de la propia vida

2da. Ediciòn

NL Nueva Literatura Latinoamericana siglo XXI

EL HOMBRE QUE FABRICABA ÓLEO

GERMÁN
CAMACHO LÓPEZ

Título original: *El hombre que fabricaba óleo*

Colombia

Construí un velero para zarpar en él, lo construí bajo el sol de la tarde a la orilla de la playa; pero jamás me embarqué. Construí un velero, un velero que se fue, desde la playa lo veo, no obstante, sé que no va a volver.

Dedicado a todos aquellos que la intolerancia, la corrupción y la indiferencia han arrebatado abruptamente de nuestro lado.

COLEMAN, LA MADRE Y EL HIJO

Irrumpió de la capilla la romería de creyentes; los otrora compañeros de clases, colegas, familiares, vecinos. La mayoría de ellos ataviados con vestimentas de matiz negro o en su defecto telas oscuras y sobrias.

El coloquio se avecinaba en la puerta del sacro templo, las palabras se mezclaban en el aire, con el aroma del sahumerio y las candelillas encendidas, que escapaba por la gran portilla.

Unas tímidas gotas de lluvia anunciaron la factible borrasca, como solía ocurrir en los venideros días de Diciembre. Arriba en las alturas; el habitáculo de Dios, se matizaba de gris que se adornaba con el centelleo de los relámpagos.

Al interior de la capilla, un hombre de edad avanzada elevaba sus plegarias. Afuera en la corredera de hormigón que formaba la acera, una mujer entrada en años desoía la lluvia que iniciaba a encresparse; y de sus ojos escapaban dos líneas de llanto que se fundían en el suelo, con las dulces gotas de agua que del cielo se abatían.

Uno que vio a la señora, conmovido de su evidente congoja; la invitó a guarecerse bajo el alar que instituía el techado del santo torreón. Más ella indicó con un gesto negativo la invitación, como si optara existirse en medio de la borrasca, para diluirse junto con la lluvia.

Y tan solo exclamó–¡ya nada importa!

Entretanto, las plegarias del anciano al interior de la ermita, se adherían a los muros encumbrando una imaginaria escalera, que los hacia llegar hasta los oídos del creador.

–Benignísimo Dios, creador de todo lo existente, vengo hasta esta tu santa casa con el corazón

compungido, y el ánimo rebosado de inquietud ante los yerros que aprisionan mi alma. Sin menoscabo alguno, me promueve la certeza de alcanzar el estimable quehacer de desagraviar, aun, en exigua medida, el perjuicio que mi actuar halla generado a otros.

Es cierto, o cuando menos eso creo o espero, sin pretender encubrir mis traspiés. Jamás osaría deferirme tales libertades, reconociendo en su benevolencia mi propia nimiedad; merecer su piedad es para este anciano, apreciado Dios, el más apreciable de los lucros, gozoso entregaría mis pocas posesiones en procura de alcanzar dicho objetivo. Agradezco el alivio que su bondad me permite, sin mayor argumento que el expuesto, siempre respetuoso de sus designios; doy crédito a mi convencimiento que acertaré, un digno merecedor de mis humildes bienes y fiel confeso de tu palabra. Ya que en efecto mi sabia ignorancia, tiene la fortuna de servir a un bien más altruista, del que podría ser encomendado a una persona del común.

Dios todopoderoso, que sea siempre tu voluntad, no la mía. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo–

–Disculpe joven, dejaré este velón encendido aquí contiguo al suyo. Pues, queda poco espacio desde mi posición hasta el dedo del santo, y no quisiera ser yo, el causante de una desgracia por un descuido imperdonable de mi parte. Le pido nuevamente excusas, le deseo que vaya con bien…con permiso–

La noble afonía que se embotellaba al interior del gran paraninfo, abrigado por laureadas y antediluvianas creencias; se sobresaltó con el golpetear del badajo repiqueteando contra el metal…una campanada tras otra, se diluyeron entre la senda del recogimiento, del ansia; como también, desapareció el silbar de las pisadas del anciano.

<Santas estaciones, santos sacrificios, santa lluvia, santo olvido; la realidad que juguetea singular, sin mayor pretensión que consumar su espacio. Solo

eso, sumatoria de segundos…cuando el otoño de la vida se adosa, acertamos cuan efímeros somos>

En ese lugar, solo quedaba su ser, envuelto por un profundo silencio. Ese mismo que conducía los pasos aletargados, por rúas asfaltadas de quimeras y fertilidades de sueños echados al olvido. Un saludo, una sonrisa, el tiempo que no tenía prisa ninguna para él, lo esquivaba, acariciando en complicidad con el viento, los restos blancos de una cabellera baldeada por veranos de olvido.

<El mutismo primigenio de un florecimiento social y cultural, venido a menos. Cimentado sobre pilares de ciscos infecundos, el paulatino desmoronamiento de la obra amada de Dios>

El anciano se encaprichó en demoler el avatar de sus propias aprensiones; visitando cada mañana el santo templo, embriagado de solemne dignidad, de férrea convicción; como también de culpa…profunda, secreta e imborrable culpa.

No obstante, la expiación tiene sobreprecio, la indulgencia es su amiga y compañera; máxime si el corazón se ha desbordado de clemencia y la vida de sobriedad, aún para un ente de ciudad, uno lánguido quien peregrinaba sus años de más, entre los fragmentados matices de una pincelada multicolor llamada urbe.

–¡Señor Coleman!, con tantos deberes sigue quedando lugar para visitar a nuestro señor ¿verdad?– exclamó un rostro irreconocible escondido tras un viejo chal…el cual, dejó escapar luego, una sonrisa acompañada por una leve tosecita.

–¡Claro madame!, también es deber señalar que los jóvenes de hoy, bien podrían temerle o cuando menos, sentir un poco de respeto ¿no lo cree? mas su ignorancia resulta grotesca, irónicamente se llaman a si mismos, gente moderna–respondió el anciano; siguiendo su pausado viaje–le pido un permiso dama, vaya con bien.

Debía sentirse extraño, casi un desterrado en un mundo de ruido y caos. Un hombre del pasado, arrastrado por fuerza en un viaje en el tiempo. Victima de una maquina que no había construido, arrebatado de golpe, puesto en un lugar ciclópeo e insensible capaz de mirarse solo a si mismo.

Este era ahora su cosmos, debía seguir su camino murmurando frases que sólo él comprendía, al fin de cuentas la vida es siempre eso, ser o dejar de serlo. Probando con desdén, el aire contaminado de las mentiras del mundo.

Dejando atrás un par de cuadras y un parque infantil, esperaba la puerta de madera de una casa blanca con enchape a nuestro senil amigo; esta débil pieza de la creación, tomando sus ultimas bocanadas de aire, confiando que su fe lograra servir de paliativo para su aventajada alma. Claro, también él algún día fue joven, aunque nadie recuerde; preferible para él, preferible para todos que sus ojos y oídos permanezcan cerrados.

Del hombre debo decir, que a través de los años; es empujado a conductas diversas por los demás o por su propia mano. Con el transcurrir de las estaciones, los pensamientos fluyen tantas veces que como el vino de una copa, desaparecen en el viento; solo aquellos mas fuertes, quedan en el fondo de esa misma copa que llamamos mente. De aquel lugar oculto, en ocasiones, escapan asuntos oscuros sobre ese mismo hombre y su conducta, traídos por la nostalgia de la vitalidad perdida; forzados por la necesidad de saberse, de reconocerse como individuo.

Una mirada a las sospechas pasadas, algo que habita, formando parte de la eterna discusión por encima de nuestras propias cabezas, o en la más sombría de las profundidades. La constante dualidad, la función que continua y se repite…si, el hombre, el gran misterio de la creación, la verdadera obra maestra de Dios, la pincelada final en el cuadro mas hermoso concebido alguna vez, colgado sobre el muro del universo para deleite de su creador. Pues bien, algunos

podrían discrepar de tan filosófico concepto, discutir el postulado, y de cualquier forma, seguir presentes por la misma razón que se pretende objetar: rechazo y aceptación.

Esas mismas calles, esas personas que ahora pretendían no reconocerlo, habían moldeado su ser. No estaba bien juzgar, pero a cada uno le correspondía cargar el peso de su propia responsabilidad, la simplicidad de un mundo del cual todos formamos parte, en el cual nos afectamos en forma mutua para construir lo que entendemos y llamamos sociedad.

–¡Hola señor Coleman!–dijo una voz chillona que reconoció al instante, se trataba de aquel pequeño molesto e imprudente, transmutado en fuente autora de las exiguas risas que le permanecían–¿Desea que le alcance su silla mecedora?

Un pellizco en la oreja representó un si, ante una necia pregunta; pues ¿Qué otra cosa puede anhelar un anciano? Sino, observar las transitadas calles con su alargado cauce de concreto, interrumpido por los muros

de casas y empinados edificios; en lugar de imbuirse de una rancia cárcel, en espera de la muerte.

–¡Déjala ahí!–indicó, con el dedo tembloroso, el vejete.

Y se dejó caer con suavidad, bajo el intenso sol del mediodía; intentando abanicar con la pecosa mano, el lánguido y rugoso cuerpo. A su lado, como si se tratara de un improvisado destrón, le observaba el huesudo y despeinado asistente.

El anciano advirtió bien su fundamentada desconfianza, ante la excesiva cortesía, de buena gana habría propinado un puntapié, si las fuerzas le hubieran excedido.

–Señor Coleman ¿desea un vaso de agua o algo de beber? mire que yo puedo ir hasta la tienda, que no se encuentra lejos de aquí–exclamó la voz chillona, sin despegar el ojo del bolsillo; esperando inquieto, ver brotar de aquella fuente, un par de monedas o un arrugado billete.

Sin embargo, cuando las cosas son buenas o convienen para el propio bienestar, es propio compensar a quien ha sido indulgente; por lo cual, sin resentir la razón ganada por el pequeño, el viejo, extrajo unas monedas que le alcanzó para ir por el convite.

<Mas advierto, también, mi falta de motivación para juzgar al anciano ¿Quién con varias décadas menos de vida, cuestionaría el peso y el paso de los años? adornados por vivencias otrora entendibles, más hoy, fuera de cualquier contexto. Por lo tanto, lograr robar una sonrisa al vejete; era para el jovencito, un premio todavía mas meritorio, que el de las pocas monedas entregadas. Como también, para el anciano todo aquello era razón de un sutil agrado>.

–¡Vete ya, pequeño entremetido, no tardes! ten precaución, antes de cruzar la avenida avista que no se aproxime vehículo alguno, raudo e imprudente; como aquellos que conducen sin dar merito alguno al esfuerzo creador o como si acaso el hombre cargara

encima varias vidas, permitiéndose el lujo de perder alguna por una impertinencia–ordenó el vejete.

–¡Entremetido! Ha dicho–replicó el pequeño con una sonrisa, posándose frente al hombre, con postura de esgrimista y atestando sobre el abdomen de este, un golpe suave y cosquilloso que le hizo escapar una gran risotada.

–¡Vete, vete ya…no tardes!

–¡Enseguida comandante!–contestó el travieso compañero, llevando su mano a la altura de la frente, de la forma en que se hacen los saludos militares; mientras se alejaba raudo por el angosto andén contiguo a la avenida.

–¡Señor Coleman! –dijo el jovencito mirándole de nuevo, mientras se alejaba– no tardo, espere usted aquí tranquilo. Y siguió su camino por el filo del bancal, jugando a no perder el equilibrio.

Entretanto, el anciano posado sobre su cómoda silla, contaba el tiempo en su memoria, mientras observaba al chiquillo alejarse a paso apurado.

¿Cuántos recuerdos acumulados?, ¿cuánta culpa podría cargar su desgastada mente? Irónicamente, a pesar de tantos mares de concreto recorridos, hoy en el postrero momento de sus últimos días, su más fiel compañero, apenas si conocía los recovecos de aquella diminuta calle con casas de vivos colores.

Todas las personas tienen un pasado, aunque en ocasiones, al ver las canas blancas sobre la cabeza de aquellos adultos respetables, dignos de consideración; los imaginemos cual monumentos que desde siempre aparecieron apacibles y serenos sobre la acera, frente a una vieja puerta, contexto de una surrealista pintura venida mas de un lugar de sueños, que de la realidad de nuestras agitadas vidas.

Y no existe razón para que Coleman, fuera alguien distinto. En su mente confesaba su propia debilidad, mas el destino no había conseguido juzgarle; por el contrario pareciera haberle premiado con años de más, honrados por una vitalidad que le renacía cada mañana al levantarse. Aquel hombre de caminar

pausado y aspecto elegante <deben creerme, insisto> también había caminado pasos mas apurados, acariciando el cuerpo juvenil y febril de un buen puñado de doncellas; como también, lanzado unos buenos derechazos, salidos de la mano empuñada de un hombre vital, con aspecto robusto ¿quien sabe cuantas cosas mas habría hecho este hombre? que hoy adornaba como una figura navideña aquella calle.

Reconoció bien la figura desbaratada que veloz se aproximaba, impertinente, despreocupado; cruzando la avenida sin el menor miramiento, quien al acercarse asentó sobre su arrugada mano, la botella con el liquido en su interior.

El niño saludó de nuevo inclinando la cabeza, mientras exclamaba: –No tardé ¿verdad Señor?

–Que tienes en la cabeza ¡por Dios! Un auto podría haber cruzado la avenida y ¡Zas! Habría terminado todo para ti.

El pequeño sonrió–Señor Coleman, ¿qué dice? sabe que soy muy rápido…puedo evitar un auto al instante.

Un pellizco, seguido por una reconvención, completaron la escena–¿Que advertencia hice?, ¡Mocoso descuidado!– exclamó con enojo el viejo.

Mientras el mozuelo con cara de pasmo y ojos llorosos caía en cuenta de su error, sin requerir seguramente una nueva reprimenda, para entender que aquello no era otra cosa, que la única forma que tenía el viejo de hacerle razonar cuan importante era la precaución.

Aun, cuando le chocó sobremanera el acto, su tozudez le obligó a sentarse de nuevo junto a la pata de la silla, olvidando el percance. Salvados unos segundos y un forzoso silencio, indagó–¿Señor Coleman cuando usted vivió en Europa, era joven?

La pregunta no podía resultar más jocosa para el anciano, quien sintió de inmediato, un chispazo de ternura al ver la cara inocente de aquel; quien con gesto

formal lanzaba tal pregunta. Por un momento percibió en aquel pequeño, una figura casi familiar, como si se tratara de alguien venido de su propia sangre.

–Cuando viví en Europa–contestó–no podía encontrarme con mi propio ser, inundado por curiosidad y sueños; como si se tratara de dos personas distintas, claro mi cuerpo, mis huesos eran juveniles, fuertes y el cabello en mi cabeza no escaseaba como ahora.

–¿Podría decirme sobre su esposa e hijos?–Continuo el niño–

Raramente el rostro del anciano palideció, pasando de un semblante sosegado a uno que se transfiguraba por completo, como si se tratara de la más imperfecta de las preguntas; la más equivocada, aquella que jamás se quiere oír. Quedó en silencio por un largo rato, mientras su interlocutor quedaba en espera de una respuesta. Luego claramente evadiendo la pregunta, no por el olvido de una mente débil, sino, por la clara

voluntad de hacerlo, respondió–Recuerdo también que usaba ropas muy finas, bastante elegantes–

El pequeño escuchó atento sin hacer énfasis sobre la anterior pregunta, o tal vez simplemente lo olvidó; mientras el anciano disimulaba relatando recuerdos puros y nítidos de aquella época.

En las noches las personas mayores, todos buenos amigos, se daban a la labor de recorrer las calles, en busca de algún bar donde tomar un par de copas de Vodka, en medio de amenas disertaciones.

– ¿Cuánto tiempo vivió en Europa…Señor Coleman?

–Gran parte de mi niñez, que ahora recuerdo, muy lejana–

– ¿Cómo es Europa?

–Es hermosa mi pequeño amigo, aunque en esa época no lo era tanto, como ahora–

Para el anciano el corazón y la mente eran memorias diferentes, mientras narraba las maravillas de aquel lugar lejano ahora; e intentaba disipar al mismo

intervalo, la violenta arremetida de las imágenes que cruzaban su mente.

De sopetón el imprudente tema, regreso de nuevo a la boca del curioso–¿y sus hijos?

Esta vez, el anciano quedó totalmente mudo; se incorporó de la silla tomándola por los agarraderos, mientras del bolsillo del pantalón extraía las llaves del portón de la casa.

–Debes irte, se hace tarde, otro día seguiremos hablando–

– ¡Pero todavía es temprano, señor Coleman!

–Vete…vete…otro día será…–revalidó el vejete, mientras cerraba la puerta frente al rostro extrañado del pequeño, desapareciendo al interior del oscuro salón, como si se tratara de un lejano espejismo.

La mañana siguiente las fuerzas renovadas del decadente cuerpo, sirvieron de motor para la concebida visita a la antigua catedral. El impetuoso viento de la mañana fue benévolo con el hombre, refrescando su arrugado ceño, sirviéndole de acompañante por las

cuadras desoladas, pintadas aún por el último brillo del crepúsculo.

Unas pocas siluetas apuradas cruzaban expeditivas por su costado, intentando lograr un cupo en el transporte colectivo < ¡Vaya ciudad…vaya caos y precipitada carrera cuando el final para todos es el mismo!>

Una vez en la proximidad del lugar, las sombras de los fieles, en su mayoría ancianos, aunque no los únicos; se agolpaban para no perder el sermón de la misa matutina. Todos fieles, obedientes y cabalmente respetuosos, su vida transcurría entre oraciones y las noticias de los periódicos, esto resultaba suficiente para que su día fuera consumido.

El interior del santuario reunía tanto a mendigos, pobres y burgueses en una sola escena tan solemne, como si se tratara de un cuadro del barroco. Se miraban unos a otros con tono pausado, procurando no interrumpir la voz del sacerdote, se saludaban con la respectiva cordialidad a que había lugar.

Allí podían ser hallados varios días de la semana, mientras afuera el mundo, continuaba su agitado ritmo. De cuando en cuando un carraspeo se escapaba, sin lograr alterar la escena ceremonial que continuaba su apacible curso.

El anciano se desplomaba una vez más, reverente ante la imagen de nuestro señor, cruzando unas cuantas palabras con él; buscando encontrar al buen amigo.

–Señor el mundo muere de miedo, los unos disparan contra los otros; entiendo que su actuar es avivado por la turbación, que desenvaina con ímpetu enajenado su rostro irracional. Sé que su majestad tiene un plan para todos nosotros, quiero que sepa que puede contar con mi total compromiso –seguido– rezaba un par de oraciones. Luego continuaba su conversación:

–No encuentro moral alguna en aquellos que me rodean, quienes generan sufrimiento a su familia; signando neciamente su fin. Por supuesto, solo es usted quien tiene autoridad, no ellos–.

Con una reverencia se incorporó y con la mano temblorosa encendió el velón, empujándolo con dos dedos buscando ubicarlo en un sitio propicio.

Al dejar el templo, salió a su encuentro una de las ancianas vecinas de su cuadra–señor Coleman ¿ya le informaron de la colecta del viernes, para reunir recursos para esta santa parroquia?

–Claro, mi buena señora, algo escuché, más la información que tengo conmigo es exigua; no por eso poco importante, aunque si es de su parecer, podría usted amablemente ampliarla mientras caminamos; claro está, si es que se dirige hacia su casa–

–Con gusto lo haré señor Coleman, siga por favor–

Por el camino partieron los octogenarios haciendo el gasto de las palabras, confirmando en detalle los pormenores del evento.

En un santiamén estuvo cada quien frente a su casa, la transitoria compañía había preñado de una efímera alegría el compás de las pisadas; sin duda, el

anciano había tardado mucho menos en recorrer la distancia hasta su vacía morada.

Al despedirse, quedó una vez mas solo y en silencio nuestro intachable señor Coleman, bien, ahora ¿que haría? No quería entrar en aquella prisión perdiéndose en la soledad de aquellos oscuros pasillos, entonces simplemente se quedó inmutable, posado frente a la puerta; disimulando abrir con la llave a medio incrustar en la rendija, esperando que alguien más gastara dos minutos en él, obsequiándole un saludo y un par de palabras.

Pasados dos minutos nadie levantó tan siquiera la mirada para observarlo, resignado ingresó la llave por completo hasta abrir el portón, seguidos un par de pasos lo dejaron al interior de la vivienda; encendió el interruptor, y una tenue luz iluminó un largo callejón que daba hacia un cuarto repleto de una soledad injusta, protegido por una cortina adornada con flores desteñidas. A la izquierda, la cocina dejaba advertir sobre el muro del mesón el pomo de una greca vieja;

uno, dos, tres, cuatro pasos eternos lo acercaron al lugar, la asió con fuerza y minutos después, el delicioso aroma que el artefacto dejaba escapar de su interior, anunciaba que el café ya estaba listo.

Un imprudente sillón estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio, no hubo objeción para una exclamación inentendible escapando del interior de su ser; luego apoyándose sobre la pared, caminó hasta el salón donde esperaban su silla preferida y un aparato de televisión contiguo a una repisa apilada de libros, coronada por un enorme cuadro de Caravaggio.

Tomando el control remoto, dejó caer suavemente sobre el mueble su gastada existencia, la pequeña boca adornada por un incipiente mostacho blanco, dio el primer sorbo al oscuro contenido de la taza.

Miles de recuerdos atacaron su mente, entretanto, las imágenes de la televisión lo encandilaban como flashes ¿habría querido una vida diferente? Sin duda. Intentó calmarse dando otro sorbo,

para luego dejar perder la mirada en las pacificas y relajantes imágenes del cuadro. Entonces sus parpados pesados se cerraron lentamente y soñó con épocas mejores…

Minutos después el Señor Coleman, abrió un ojo, percatándose a través del pequeño surco de la ventana, el cual dejaba ingresar la luz de la calle, que ya se había hecho de noche. Debía haber dormido unas seis horas y al intentar incorporarse sintió adormecidas las piernas, las cuales flexionó un par de veces en procura de mejorar la circulación; hasta que finalmente logró incorporarse.

Se acercó a la ventana entreabriendo la cortina, hurgando con su mirada la espesura de la bruma, buscando formas en los linderos de las casas. Mientras observaba, tropezó de frente con un rostro familiar llevándose un tremendo susto; desde el lado contrario del panel de vidrio, observando con rostro curioso una voz exclamó:

–¡Hola señor Coleman!

El anciano experimentó una sensación de enojo por la imprudencia del muchacho, pero asimismo alegría por encontrar un rostro diferente de aquel, que reflejaba su propia silueta sobre el vidrio.

–¿Qué haces mocoso? ¿Acaso me espías?– Reclamó el viejo.

–¡Si!–respondió el pequeño–quiero decir no…es que solo quería saber si estaba en casa.

–¿Y para que me buscas?–indagó este.

–Es que mañana no asistiremos a clase, así que mamá, quiere saber si yo podría….

–A ver…a ver… habla de una vez, dime que quieres.

–Bueno, Señor Coleman, puede usted ir para hablar con ella–dijo el mozuelo.

–¿Qué…ahora?

–Si…creo…

–¿Si… o crees?

–¡Si señor, ahora!

–Bueno espérame! Contestó el anciano alejándose de la ventana, mientras al otro lado con el frio viento de la tarde que daba paso a la noche, aguardaba impaciente el pequeño.

Varios minutos después el destemplado ruido de la puerta abriéndose, dejó ver la imagen de Coleman, impulsándose lento sobre unas sandalias.

–Bueno, ven…escuchemos lo que quiere tu madre–dijo haciendo una seña con la mano para que el muchacho se acercara, así hicieron y dos casas después estaban en la humilde vivienda de color purpura.

Ya en el interior del sencillo hogar tomado en alquiler, el hombre fue recibido amablemente por la joven mujer, que no poseía evidente acrecentamiento económico; sino más bien, una mera condición que les permitía probablemente sobrevivir sin mayores afujías. El anciano descartó la ayuda de esta para alcanzar el asiento, y volcó su senil cuerpo apoltronándose sobre el mueble, dejando descansar sus pies en el embaldosado amarillo y con mirada inquisitiva, espero que la dama

hablara primero; mientras con la uña desgastada arañaba con curiosa ligereza, un cúmulo de tela sobresaliente sobre el descansabrazos.

La mujer se acercó al hijo murmurando algo al oído de este, quien se adentro detrás de un muro que separaba la cocina de resto de la sala, y al instante regresó con una taza, que desprendía el entrañable aroma de una infusión de café. Mientras el anciano con actitud casi caprichosa, proseguía con sus ralladuras sobre el soporte del mueble.

Entretanto, hacían antesala a la petición que los había reunido. Coleman, probó sosegado la bebida calentada al hornillo, y desde el otro extremo con mirada explayada, cargada de honestidad lo observaba la señora. Versado en múltiples lides, el viejo advirtió que todo aquello no era mas que un ritual hervido, con la esperanza de obtener algo a cambio; sintió la sensación que desde aquel piso emergían líquenes que amarraban sus pies, evitando que se incorporara, sin importar el no estar dispuesto a cumplir la petición que

aquellos le harían; aunque no imaginaba cual seria la solicitud, asumía que esta seria difícil de eludir, mas para un pobre mortal como él que había logrado arrebatar a la vida años de mas; cuya voluntad propia resultaba mas la intención ajena, que su autónoma decisión. Cuando la dama por fin dejó de mirarlo como si se tratara de alguna escultura pasada de moda, y en conclusión decidió hablar, bastaron solo un par de minutos para que la inquietante solicitud concluyera.

–Bla…bla…bla…por eso le ruego encarecidamente, señor Coleman, que cuide del niño, serán tan solo unas horas mientras yo regreso del trabajo. Disculpe por favor mi atrevimiento.

–Usted entenderá que no tengo a quien acudir, a decir verdad es que…como ustedes se han convertido en grandes amigos; según él mismo me lo ha relevado…bla…bla…bla…obviamente, le suplico no lo tome como una obligación, en ningún momento…

Con evidente molestia no tanto por la petición, sino por tanto rodeo, el viejo interrumpió –si claro, no

hay problema dama–yo vigilaré de él mientras usted regresa.

–Le agradezco inmensamente, mi buen señor. Dios sabrá recompensar su bondad.

–Descuide…descuide, le pido un permiso señora–Respondió con tono desabrido el anciano, incorporándose impulsado como un resorte, dirigiéndose hacia la puerta.

–¿A las ocho estará bien?–consultó la mujer

–Si…claro estará bien a esa hora, disculpe…hasta luego–

Para el Señor Coleman, la vida se había convertido en un eterno esperar, esperar de sucesos que nunca ocurrían; recuerdos que su mente atesoraba como otros que preferiría borrar, por eso cuidar del menor la mañana siguiente, antes que interrumpir sus actividades, se convertía en la excusa ideal para llenar algunas horas vacías de su existencia. Estimable escenario se confesaba, sin perjuicio de su actitud que pareciera denotar lo contrario, aquel mozuelo era en

contexto, como lo expresara la propia madre, su amigo. Factiblemente más que eso, una compañía casi familiar.

Llegada la mañana siguiente, tres golpes mansos interrumpieron el descanso del vejete, más esta vez, al abrir los ojos e incorporarse de la blanda cama, ya conjeturaba quien seria el imprudente. Con la paciencia propia de quien ha existido por décadas, mas allá de medio siglo; calzó sus sandalias y con voz ronca exclamó. – ¡Voy…un momento por favor!–

Al abrir el portón el sol atacaba como diminutos peces dorados, abalanzándose sobre un festín, cegándolo e impidiéndole distinguir con claridad la silueta; sin embargo, reconoció de quien se trataba por la resonancia de su voz–

–Buen día, Señor Coleman, de nuevo mil gracias. Le he recomendado al niño un buen comportamiento, gracias señor, con permiso.

–Siga usted dama–respondió–tomando por la cabeza despeinada al pequeño, guiándolo al interior de la vivienda–

–Hasta luego señor–

–Hasta pronto dama–

–¿Cómo esta usted señor Coleman?–indagó el muchacho, y seguido observó–es bastante grande su casa ¿no se siente muy solo, en tan gran espacio señor?

En lugar de responder a la pregunta, el anciano replicó–De acuerdo, vamos…sígueme, siéntate sobre ese sillón–y continuó– alcanzándole el control remoto de la televisión, para luego alejarse por el pasillo, hacia el fondo de la casa.

Esta vez, el pequeño quien acostumbraba seguir los pasos de Coleman, hacia donde quiera que este se moviera, prefirió no contrariarlo y con una conducta casi reverencial acató la orden; dispuesto sobre un mullido sofá esperó su regreso, mientras observaba con ensimismado embeleso no la lluviosa señal del televisor, sino que su mirada se desvió hacia la barroca pintura que apostada sobre el muro, trasmitía la vitalidad de una escena vívida.

–¡Que miras muchacho!–exclamó la voz ronca del anciano quien se aproximaba con una bandeja, ataviada por dos tazas de nívea porcelana, humeantes y bienolientes, tomando por sorpresa al pequeño sacudiéndolo de su abstracción.

–¡Señor Coleman! Que susto me ha dado–dijo el niño, recibiendo uno de los pocillos, agradeciendo la gentileza–y continuó preguntando–¿Señor, que hermoso cuadro, lo ha pintado usted?

–Ja…ja...ja– dejó escapar una risotada el viejo, ya quisiera yo haber sido premiado con un don divino, como lo es aquel de describir el mundo a través de artísticas pinceladas. ¡Esto que ves aquí! mocoso, es el resultado de la genialidad de un hombre tocado por la mano de Dios. Se trata de un gran pintor Italiano, conocido como Caravaggio.

–¡Caballo ha dicho señor!

–¡Necio!–replicó el anciano–He dicho Caravaggio, quien fue un hombre que vivió hace muchos años, quien para nuestra fortuna, nos premió

con obras como esta que estas apreciando, las cuales afortunadamente las épocas o la pillería no han logrado arrebatarnos.

–¿Usted lo conoció señor Coleman?–indagó curioso el chico.

–Ya…ya, basta de preguntas necias, cambia el canal, que es hora de las noticias–dijo el hombre.

Un palmario silencio, interrumpido solo por la voz del presentador de noticias en la televisión inundó el recinto, mientras el inquieto pequeño luego de incorporarse, caminaba de un lado para otro ante la indiferencia de Coleman. Observaba con curiosidad las arcaicas reliquias amontonadas por el anciano, hasta llegar al lugar coronado por aquella pintura, motivadora de su mayor fisgoneo.

Enclavado sobre el estante de madera, enriquecido con libros amarillentos donde al instante inquirió imprudente, encontrando algo que provocó en él, como era de esperar, una nueva indagación. Se trataba de un antiguo álbum con fotografías a blanco y

negro, que tenían más el aspecto de dibujos borrosos, disímiles de las luminosas y vitales imágenes que aquel conocía, captadas por las modernas cámaras digitales.

–Mirando extrañado aquellos vagos retratos, el niño giró para cuestionar ¿Son fotografías esto señor?–, pero al hacerlo se percató que el prolongado silencio del viejo, había sido ocasionado por el apaciguamiento de los años, que hace a las personas de avanzada edad dormitar en cualquier momento y ocasión.

Tantos crudos inviernos habían golpeado la cabeza de aquel hombre, hasta congelar su existencia en un postrer indefinido, y leves sobresaltos temblorosos intentaban regresarlo de aquel mundo de alucinaciones, que eran sus sueños.

Su mente lo llevó en un viaje por los múltiples accidentes de su existencia, entretanto, el pequeño curioseaba por cada rincón de la casa. Al instante daba vuelta a los canales de televisión, luego se entretenía con algún objeto que hallaba sobre la biblioteca o también soplando por sobre el blanco cabello de

Coleman, quien sacudía, ante el acto del bromista, las orejas graciosamente. Finalmente, se entretuvo de nuevo con el álbum fotográfico, repleto de majestuosas imágenes de personas que parecían estar ataviadas con alguna suerte de disfraces. Entonces, no soportó más el obligado silencio y caminó hasta la silla donde descansaba el anciano–¡Señor Coleman!... Señor Coleman!...prorrumpió–obrando que este despertara con sobresalto.

–¿Qué?...¿que ocurre?–

–¡Señor, ha dormido largo rato, despierte para que hablemos!–requirió en aquel momento el pequeño.

–¡No te ha enseñado tu progenitora muchacho, a no interrumpir el sagrado sueño ajeno!–refunfuñó el viejo– ¿Qué quieres?

–Señor ¿Estas personas quienes son?–preguntó, enseñando a Coleman las fotografías, buscando apaciguar su novel curiosidad–¿acaso son sus familiares?

–¡Por Dios todopoderoso niño! A que viene tanta pregunta sobre mi familia–dijo en tono enérgico Coleman–¡ve y devuelve esto al mismo lugar, del cual lo tomaste!

–Es que… señor ¿que hay de malo en responder mi pregunta?

–Mira, pequeño–hay asuntos del mundo, de la vida; que tú no alcanzarías a comprender–respondió el hombre– debes aprender a respetar las decisiones de las personas adultas.

Las razones aducidas, patentemente no habrían resultado suficientes para detener aquella indagación, pero justo en ese momento dos golpes secos en la puerta, anunciaron la llegada de un visitante.

–Vamos…vamos, apúrate muchacho, miremos quien llama–dijo el anciano, aligerando el peso de su cansado cuerpo sobre el hombro del niño. Al abrir el portón pudieron percatarse que se trataba de la madre de aquel, quien pasaba un poco más temprano de lo acordado a recogerle.

El pequeño se arrojó cariñosamente hacia el cuerpo de la mujer, quien indagó de inmediato–¿Cómo se comportó el niño, señor Coleman?

–Bien…dama, muy bien…

–No tengo como pagarle su desinteresada amabilidad. Dios sabrá recompensarle su bondad, le pido permiso para retirarme–

–Siga señora–respondió, y continuó con una frase inusual en él, tácitamente un hombre antipático– cuando quiera puede dejar que el niño venga, a corretear un rato por la casa.

–Gracias de nuevo señor, permiso–concluyó la señora, señalando el camino de partida a su hijo.

A partir de ese momento, cada cuatro o cinco días pasaba el mozuelo la tarde en casa de Coleman, por propia petición de este; resultaba evidente que al anciano le hacia bien compartir un momento con el pequeño. Recapacitaba haber estado solo demasiados veranos, no obstante, a su edad y merced de su espinoso carácter, difícilmente encontraría una mujer con la cual

compartir sus últimas horas. De ello no le cabía duda, por eso el pequeño al igual que la madre, a la postre se iban cristianizando en su apadrinada familia.

Una tarde cuando el pequeño, ahora casi adolescente, jugueteaba con sus libros o se distraía con el álbum de fotografías; el viejo Coleman, al verlo se detuvo a cavilar sobre lo propicio del momento, para anunciar aquello de lo cual estaba seguro, era esto, que madre e hijo debían trasladarse a vivir en aquella casa junto a él. Reservando así el gasto de la renta, de la misma forma garantizándose un techo prolijo sin privación de ninguna clase.

Se cumplió de esa forma la voluntad del viejo. En poco menos de un mes madre e hijo, ya se encontraban instalados para residir como una familia, en la otrora solitaria vivienda.

Después de aquel día Coleman, junto a su lozano amigo, se sentaron numerosas tardes en el salón principal; compartiendo historias tan distantes las unas de las otras, venidas de la mente de dos generaciones

opuestas en el tiempo, también rieron con la inhabitual sonrisa del vejete resonando en toda la casa. Aquella inusitada sociedad resultaba sin duda admirable.

Transcurrieron aproximados cuatro años desde aquel pretérito, intervalo que sirvió para reafirmar la amistad entre el pequeño, ahora un joven adolescente, como también de su progenitora con el señor Coleman; quien para entonces se adentraba en las postrimerías de su final expiación.

Durante aquel lapso, logró tal afinidad la reducida familia que el anciano llegó a ocupar el simbólico lugar, de la inexistente figura paterna, tornándose en custodio habitual del muchacho; consejero, amigo huraño, tanto como bondadoso.

Fue gracias al noble anciano, que el jovencito aprendió a conocer bien las escrituras, al igual que la vida, los sentimientos de las personas, los triunfos, los aciertos y todo lo relativo a esa Europa de antaño; la de parajes de ensueño, de contradicciones, guerras, magnos artistas, pintores, músicos, genios. Esa misma

con la cual el mozalbete soñaría tantas noches, como una amante que se evoca aún sin conocerse.

Como era habitual, una mañana el anciano le pidió al muchacho que le acompañara a la misa matinal.

–Claro señor Coleman–asintió este.

–¡Cuantos años mi buen amigo!–reflexionó el viejo, y mirándolo con gesto compasivo le dijo: gracias.

El Joven no elucidó del todo, el ¿por qué? de aquel reconocimiento, mas asumió que aquel simplemente agradecía su incondicional compañía.

Empero, las palabras de Coleman, reflejaban la gratitud ante un acto manifiestamente benévolo, lícitamente comprendiendo que aquel que ahora seguía sus lentos pasos; le había logrado la coyuntura de una final cita con el creador supremo, al escrutar con su inocencia, el último hilo de luz que ahorraba su apesadumbrado ánimo.

Al cruzar el portón tropezaron de frente con un pomposo cortejo matrimonial, altisonante con los bramidos de la madre, los cuales hicieron rumiar a

Coleman, quien elevó la mirada reparando la escena que se desarrollaba. Se revestía esta de solemnidad, sobre los bamboleos que facilitaba una calle corolario del levantamiento asfaltico, generado por el peso de camiones de carga; quienes se habían apoderado de la ruta, transgrediendo decretos municipales que lo prohibían explícitamente. Mas en un gobierno de leyes violadas, los ciudadanos terminan por justificar tales bribonadas, lo cual, no era distinto en el apacible lugar que habitaban estos entrañables amigos.

–Nunca conseguí discernir el ¿por qué? del sollozo de las madres, durante el casamiento de sus hijas–exclamó el viejo–

–Hmmm…–Replicó el joven– sin saber, que manifestar ante tal reflexión; pues tampoco él comprendía el motivo de tanto alarido tratándose de una alegre celebración. Quizá, esto revelase que las madres en el fondo de su ser, ansían que sus hijas sean un día flores marchitas que adornen el jardín de sus finales primaveras o simplemente, su aflicción denota

que su propia experiencia en los caminos de la vida conyugal, no ha sido placentera.

De cualquier forma ya dejados atrás por el desfile, continuaron sin más reflexión su camino rumbo a la iglesia, estos dos cofrades. Así se repitió este periplo cada vez durante múltiples jornadas, en que su andar se dibujó sobre las calles que conducían hacia el templo.

A medida que el joven alcanzaba el esplendor de la adolescencia, su inseparable amigo se tornaba memorablemente senil. Para entonces protegidos por la barricada de sueños enaltecidos entre muros de concreto, vivían como una familia. Y como diminutos copos de nieve, las memorias de aquellos recientemente allegados, adornaban los rincones de la casa; ejemplo de ello, eran las canicas de la niñez que ahora se avisaban en un rincón de la gloriosa biblioteca, atiborrada por la hueste de libros. Con beneplácito el anciano engatusaba a madre e hijo, con añejas historias que gastaban la tarde al aroma del café. Ahora el joven,

previamente un párvulo, solía distraerse mirando a través del filtro traslúcido del ventanal, el acompasado caminar de las mancebas, acicaladas con coloridos atuendos, engalanados por el danzar cadencioso del torbellino de sus femíneas caderas.

La urbe sencilla se transformaba con el sol del mediodía, cubierta por el inmoderado semblante de un ente radical, afectado por el peso de una patria en ruinas.

Fue Coleman, la madera que sirvió para tallar los anhelos y expectativas de un espíritu indomable; el escultor silencioso que con cada frase buscaba un nuevo pulimento, sobre el ánimo de aquel quien abría sus ojos al mundo. Una búsqueda que era la suya propia la cual sus años impedían, debió acaso conseguir un nuevo vehículo sobre el cual rodar su propio ser. El viejo era el joven, a su vez el joven se había hecho viejo, no por que su piel denotara declive alguno, sino por cargar ahora, en su propia valija de sueños un infinito de imágenes y recuerdos; puestos ahí por un

insigne manipulador al que por supuesto, debía el galardón de haberle regalado sus últimos días, mas allá de eso sus propios bienes.

Finalmente, con las buenas maneras que habían resultado tan habituales en él, Coleman, intuyendo la cercanía de la hora postrera demandó la presencia de ambos, madre e hijo. Ya reunidos en el lecho de muerte, con su concedida y adoptada estirpe, el anciano anunció lo inevitable…aquello que los jóvenes ignoran por completo, mas los longevos conocen a ciencia cierta, sobre lo cual, parecen calcular incluso minutos, todavía segundos: su propia partida.

El momento final había llegado, como toda criatura de Dios, debía ahora rendir cuentas a su creador y perfecto juez de la humanidad.

Ante la mirada compungida de aquellos, el anciano tomando a cada uno de la mano anunció:

–Es todo para mí, el señor me ha bendecido aun sin ser merecedor de su infinita nobleza con años de más, con una familia benévola y comprensiva, la cual

ha adornado el trayecto final de mi largo camino. Dirigiéndose al joven exclamó– ¡Tú, has sido mi gran amigo! Paciente, tolerante, siguiendo mis cansados pasos, atendiendo el trasegar de mis recuerdos, siempre atento; fuiste un buen niño como serás también un gran hombre; solo recuerda no atropellar jamás a tu igual, aun si eso detiene tu raudo avance, pues los hombres pueden dejar de juzgar pero es la propia mente, nuestro justo inquisidor –

Luego, mirando a la afligida mujer, le recordó su importancia en aquella narrativa–¡Usted, mi buena dama! ha sido la hija que hubiese querido conocer, para quien mi hombro vacio estuviera siempre disponible; cuida de tu hijo, así como él velará siempre por ti–

Después de estas palabras, con inexcusable cansancio en la voz, y esgrimiendo el último aliento que subyacía en su ser, concluyó anunciando:

–Estas, mis humildes pertenencias son desde hoy las suyas; confío sabrán valorar el significado

particular, que tienen los objetos apilados aquí durante largos años. Un joven abogado, ha sido confiado para realizar los trámites respectivos que dispone la ordenanza–

No resultó sencillo para el viejo morir, pues aquellos bordeando su cama, pretendían interrumpir su particular discurso; acaso ensayando que aquel olvidara a la huesuda mandadera, quien hace rato esperaba a los pies de su lecho y no permitiría que el vejete, se tomara más tiempo del convenido. Con pertinacia, así lo hacían, pero una y otra vez el anciano les reñía retomando la disertación.

Al momento su voz se fue apagando lentamente y sus ojos se cerraron por siempre, mientras sus débiles manos empuñadas con las de aquellos, a quienes había amado sin ser su familia, se abatían suavemente. El viejo Coleman, había muerto.

Durante largo rato permanecieron de pie junto al lecho, en silencio. Habrían apreciado oír al viejo decir mucho más, aun si se tratara de incoherencias privadas

de cualquier lineamiento lógico; pues para ellos, su merito trascendía mas allá, de lo que él mismo hubiera imaginado.

Finalmente, desgajando el mutismo, consintiendo que sus ojos se tornaran cristalinos por el llanto, dijo la madre:

–Fue un hombre muy valioso–

–Sin duda–asentó el joven, con la afonía causada por la perplejidad del suceso, con un nudo en la garganta que no le consintió una silaba más.

Luego de algunas oraciones, dispusieron madre e hijo requerir a la correspondiente autoridad, para las diligencias de rigor, realizar los trámites para la ceremonia fúnebre, convocar vecinos, amigos; en contexto general todo preparativo acorde a las circunstancias.

Una vez cumplidas las formalidades pertinentes, estando ya en el velatorio; con aflicción y el corazón contrito observó el joven como dentro del sarcófago bruñido, tan solo asomaba la funda de piel rígida

tornasolada de amarillento, de quien antes fuera su octogenario compañero.

–¡Cuán rápido había transcurrido el tiempo! Pensó– mientras le acariciaba la mano con ese obstinado cariño, que se brinda a los más leales amigos.

–¿A que hora lo entierran?–preguntó una vecina.

–No sé–respondió con despiste, con el apego natural de quien no se resigna a perder un ser querido; olvidando que aquella respuesta recaía solamente sobre él y su señora madre, pues el viejo no tenía más familia que ellos.

Es una lastima que se haya ido un buen hombre, tan respetuoso, ciertamente cordial, murmuraban algunos. Entretanto, en una esquina las beatas rezaban el rosario.

Gracias a Dios, que el Señor Coleman, vivió con tranquilidad sus últimos días –le dijo al joven una señora que se aproximaba–. Además, resulta una extrañeza que alguien logre tantos años en estas épocas.

–Es cierto, era un gran hombre–manifestó el muchacho por responder cualquier cosa.

Las campanas de la iglesia, de la cual había sido un buen devoto, anunciaron con seis repiques su partida; ahora la figura encorvada, de blancos cabellos, seguiría vagando tan solo en los recuerdos de su joven amigo, concediendo a las calles sacudidas por el suave golpe de sus pies pesados, la oportunidad de adoptar nuevos visitantes apurados. Mientras el viento, despeinaría otras melenas abundantes, olvidando el lino blanco que acariciaba cada tarde frente al portón color madera.

La aurora siguiente, pasado el sepelio, despertó el joven sobresaltado

–¡Señor Coleman...Señor Coleman!–exclamó.

No era una mañana hermosa, tampoco el sol había iluminado con su admirable irradiación las calles ese día, era simplemente un frío y habitual amanecer; las manecillas del reloj señalaban que estaban próximas las seis horas.

Giró su cabeza hundida sobre la almohada, escurriéndose lentamente fuera de la cama; al levantarse recordó que el viejo estaba muerto. Con pesadez se incorporó, luego avanzó por el inmutable corredor hasta el lavabo, donde dejó que la molesta sensación del agua gélida cayera durante varios minutos sobre su rostro.

Encendió la luz de la sala y la refulgente lámpara le encandiló la mirada, seguido se dirigió en dirección al dormitorio donde descansaba su señora madre, cubriéndole el desabrigado cuerpo con la cobija gris de gruesa lana. Después de preparase el desayuno, resolvió transitar las memorias adheridas a la que ahora era su casa, al detenerse frente a la biblioteca percibió de nuevo, el aroma del café que preparaba el anciano y sintió una intensa nostalgia.

Se dejó caer sobre el viejo sillón, frente a la pintura de Caravaggio, apostada sobre la biblioteca; recordó la primera vez que la había visto, seguía igual, inalterable… tantos años, aquella se perpetuaba

desafiando los siglos como si fueran horas, tornando perenne a su creador, tal vez sin pretenderlo. Mostrando la lucha constante que con abatimiento acusamos todos los seres, la disputa del santo contra el demonio, adornada de un trascendentalismo que solo un genio como el de aquel pintor podría haber logrado; podía verla, sentirla casi cobrando vida, hacer eso lo distraía, lo llevaba a un viaje por parajes imaginarios.

En cuanto a él concernía, consideraba que nada de eso era suyo, simplemente se veía a si mismo como el guardián de los objetos de su viejo amigo.

Fue entonces, cuando devorando con su vista cada rincón de aquella vetusta fortaleza, distinguió entre las hendiduras de uno de los libros, un sobre blanco demasiado relumbrante como para haber sido dejado en ese lugar meses o años antes. Aproximándose lo asió, para darse cuenta que se trataba de una carta de Coleman, sin fechar, carente de introducción alguna pero evidentemente dirigida a él.

“Mi apreciado amigo:

Siempre manifestaste curiosidad, por conocer aquellos apartes de mi vida que jamás tuve el valor de narrarte; tal vez por temor, culpa o porque solo viendo con tus propios ojos podrías entender, no lo sé, concluir que la vida es demasiado compleja para ser narrada, mas para ser vivida. En efecto, conociste gran parte de los aspectos básicos de mi sencilla existencia, pero aun el más humilde de los seres guarda para si, la carga que le corresponde llevar.

Así, con todo mi abatimiento, presagiando cercano el momento de mi partida, intentaré darte el impulso para encontrar lo que buscas; entenderme y entender el mundo.

Convendré referir en forma breve lo que fue mi vida, antes de conocerte a ti y a tu madre. Nací muchas décadas antes en esa Europa, con la que tú sueñas, singularmente cuando la desconoces por completo. Fui el menor de tres hermanos, uno de los cuales murió contando tan solo cinco años a causa de neumonía, el otro también fallecido, durante la segunda guerra

mundial; sobre la cual ya habrás leído. De mi padre no conocí nada, solo sé que se trataba de un ebrio quien nos abandonó al momento de mi nacimiento. Fue de esta suerte, como me convertí durante varios años en el sostén para mi madre, con la cual vivimos una existencia de sobresaltos y persecuciones.

Hasta aquí asumo estarás bastante sorprendido, te digo, encontraras más. Para mi fortuna ahora eres un hombre quien puede entender muchas cosas, que antes no habrías comprendido.

La lóbrega doctrina política y social parida años atrás, consiguió su mayúsculo hervor en los años treinta. Como un relámpago, se propagó sobre nuestra amada tierra; bullendo sobre el caldo de cultivo de las crisis que fatigaban a Europa. El descredito de los gobernantes, dio nacimiento a efervescencias nacionalistas; bajo la excusa de la reivindicación proletaria, floreciendo nuevos lideres que solo se revelaron para recaer sobre la naciente dificultad. Erigiendo el monopolio que llevó a la hinchazón de la

fractura económica, que agobiaba a los menos favorecidos: los despidos, violencia y pobreza que había ocasionado la primera guerra mundial. No tardaron los propios miserables en ser los primeros, en la línea de defensa de posturas extremas e inentendibles, concebidas bajo el manto oculto de intereses superiores aliñados con la egolatría de sus regentes.

Era fácil inducir para ese momento que quien lograra asestar el primer golpe, lograría someter al otro; lo demás por otra parte, podrás encontrarlo en cualquier libro de historia, sabiendo que se trata de una vergonzosa época de la humanidad. Sin embargo, por paradójico que resulte, hoy encontrarás más de lo mismo en cada sociedad de las que se dicen llamar modernas.

La gran guerra estalló siendo el año 1939, a partir de ese otoño, mandato tras mandato los derechos esenciales fueron vulnerados. Toda libertad fue coartada de alguna manera, hasta los niños fueron

marginados, su inocencia se perdió entre el hedor a muerte, a execrables abusos. Los alimentos escaseaban, a la par que las ordenanzas establecían prohibiciones para muchos ciudadanos de asistir a múltiples lugares públicos. Algunos se sometían por que eran los mandatos, la mayoría lo hacíamos simplemente por temor; temor de salir a las calles, de saludar a nuestros vecinos o acudir a los mercados. Aprendimos a vivir con aprensión de ir al colegio, de visitar parientes; tan siquiera cruzar el quicio de la puerta de la casa generaba temor.

Durante tan sombríos años, incluso, visitar la iglesia para buscar el sosiego en la palabra de nuestro señor, resultaba tortuoso; simplemente el hecho de vivir se tornó en una prohibición.

En un breve lapso durante el cual ostentó el poder una burguesía mediana, irrumpió en las urbes una pestilencia, que lograba partirle el alma al semejante, tanto como al naciente que aún no veía la luz del sol.

De pronto los caminos envenenaban; la enfermedad asolaba, la muerte regocijada se solapaba en cada rincón, mientras los fatuos dirigentes sobre sus graderías de oro, contagiaban la inocencia de los menesterosos; aprovechando su evidente necesidad. Los fogones oxidados y vacios, se adornaban con alguna verdura fermentada acompañada de un trozo de manteca. Las moradas sin ventana, dejaban filtrar hasta los aposentos peripuestos con camas cubiertas por fundas sebosas, el agudo y espantoso aroma a pestilencia.

Los otrora vecinos deambulaban como espectros, insinuando sobre los escuálidos pellejos los huesos punzantes; afuera reposado sobre los andenes, podía verse el dantesco espectáculo de la peor carnicería: la sangre cuajada de nuestros semejantes corrompiéndose en su propia secreción, con el atavío mísero de su desnudez; los orificios viciándose de insectos, los colmillos amarillentos mostrando una final mueca de dolor, que simulaba una satírica sonrisa, al

sur de los parpados adheridos por el soplo de la muerte sobre los cuerpos.

Los niños a fuerza se hicieron hombres, ya no eran frescos, sino que su ser se pervertía entre las corrientes de cuerpos que huían sin rumbo.

Entretanto, los mandatarios trasmitían su inoficioso discurso en las plazas, en las iglesias y en cada rincón donde la corrupción exhalaba por igual; bajo las frases de esos grandes líderes. Así, la hermosa Europa, se teñía con un manto de oscuridad que el arrojo de sus naturales y de algunos otros venidos de afuera con voluntad de aliados, procuraba en pro de la humanidad desvanecer, dando fin para siempre a ese pavoroso leviatán.

Sometidos a toda suerte de arbitrariedades, sin un padre que protegiera nuestra casa; mis familiares y yo debimos padecer toda suerte de penurias para subsistir. Una madrugada escuché a mi madre llorar angustiada, al levantarme me dirigí de inmediato al lugar del cual provenían sus sollozos, la hallé con su

mano aferrada a la foto del pequeño hermano fallecido. Entretanto, con la otra sostenía un cuchillo el cual dejó caer al verme, aproximándose para ofrecerme un abrazo entre conmovedores lamentos. Contaba yo tan solo once años por esa época, pero entendía perfectamente cuanto sufría esa pobre mujer, quien era mi progenitora.

Transcurría el año 1944. Toda Europa, se encontraba conmocionada aunque manifiestamente se avecinaba el fin de aquella espantosa y sanguinaria lucha, mas no así el colofón de las calamidades para sus agobiados habitantes. Fue esta una época de gran tribulación; primero vino la guerra, luego la asechanza contra todo aquel que promulgara ideas contrarias. Así, se allegó la miseria y de una u otra forma todos terminamos inmersos en ella.

La conflagración surgió innegable, determinada, repleta de símbolos, marchando altiva en su sidecar de muerte, desde el inicio del conflicto. Exhibiendo burlona los sacos de difuntos, apilados como arena en los ribetes de las edificaciones oficiales.

Más allá, en la lejanía, improvisados resguardos en las quintas religiosas de las inmediaciones de cada ciudad, albergaban a mutilados y hambrientos. Entretanto, las calles se empapelaban de anuncios propagandistas, relativos a la hipocresía de las disposiciones de seguridad, como simples excusas de mentes insanas sedientas de poder.

La guerra asoló empresas, familias, calles, sueños, ciudades enteras; mas una vez finalizada, continuó la lucha de los menos favorecidos contra los magnos imperios de la manipulación: industrias con espíritu esclavista y gobiernos que propendían el poder militar sobre cualquier cuestión social.

Los millones que sucumbieron durante esa época desventurada de la humanidad, descansaban ahora del horror que padecían sus familiares vivos; quienes oficializados los acuerdos de paz, contradictoriamente continuaban a la deriva, corriendo sin rumbo e intentando sobrevivir.

Incluso, los auxilios acordados por medio de legislaciones establecidas en los ayuntamientos de los magnos aliados, las cuales establecían el beneficio de enormes cuantías de dinero a disposición de préstamo; con la finalidad de dar oxigeno a industria, bancos, gobiernos. Como también, contribuir con la recuperación de nuestras naciones, favorecieron todavía más el naufragio de la ya lastimada situación de los menesterosos, se hizo evidente con el tiempo, que aquella pilastra ofrecida por algunas naciones, no era del todo desinteresada. Y finalmente, sobre el lomo calloso de los proletarios terminó por constituirse, mi apreciado amigo, la Europa, prospera de grandes oportunidades que habrás apreciado alguna vez a través de la televisión. No por eso refutaré el hecho que así haya acontecido; pues en ocasiones es deber tocar el más oscuro fondo antes de apreciar el brillo del amanecer. Gracias a esa realidad hoy nuestra prole puede recorrer una heredad merecida, reconociendo con respeto el acto altruista de su pasada progenie.

Fue así, que cansados de todo, ante la muerte del mayor de mis hermanos y la golpeada salud de mi madre, decidimos exiliarnos en un nuevo continente que la guerra no había tocado; una tierra virgen, libre del horror que cargábamos en nuestras mentes, era lo sensato, estuvimos de acuerdo los dos. Dejaríamos atrás todo aquello para comenzar una nueva vida; a mi modo de ver, era esa, la providencia más adecuada.

No obstante, nada pudo estar más alejado de la realidad en aquel país de hermosa geografía y clima bondadoso, pues el rostro burlón del destino, mostró los colmillos afiliados de otra terrible estratagema bélica, con razones en apariencia disímiles; a la usanza con un trasfondo idéntico, ya que las guerras sean pequeñas o colosales son solo eso, por tanto, no debe otorgárseles titulo diferente.

Transcurrido poco tiempo de haber arribado a estos dominios, prisioneros de asombro, lacerados por el espanto, debimos asentir que si bien nuestras pisadas dejaban huella sobre una tierra distinta, esta solamente

lo era en su color y textura; porque yacía enferma de similar conflicto.

Y cuando no se tiene razón de decisión sobre el orden social de un país, debe uno someterse a la realidad que le otorgan. Perceptiblemente mi carácter era benévolo a pesar de mi precaria niñez, como las razones violentas que me empujaban a este nuevo escenario.

Corría el año 1948… tan solo meses antes nos habíamos alojado con mi madre en una morada, conocida popularmente por el denominativo de inquilinato, en la cual, habitaban varias almas humildes que conformaban distintas familias. Solo nos acompañaba nuestros ropajes, el anhelo de iniciar una nueva vida y el cuadro que reposa en la pared sobre la biblioteca, aquel que tanta fascinación te causara, el cual por cierto, debo decirte es recomendable estimes sobremanera; tratándose de un original del pintor italiano <no caballo> como dijiste alguna vez, sino Caravaggio, cuyo valor económico es altamente

estimable, mas te aseguro su carácter artístico es incalculable.

¿Cómo lo obtuve te preguntaras? haré un breve paréntesis para narrarte esa historia:

Siendo yo un niño, sin contar patentemente con los recursos cambiarios para adquirir tamaña obra. Te diré que esta es una historia bastante impensada; mas te pido no dejes volar tu imaginación asimilando asuntos que no corresponden. La verdad es que lo obtuve de un necio, siendo yo aquel pequeño que te he descrito, al cual gané una apuesta en una cantina; por supuesto, en aquella época la palabra de un hombre era respetable, incluso, estas apuestas adquirían una derivación casi sagrada. Hoy estoy convencido, inclusive, que el pobre inocente nunca supo lo que había escapado con tanta facilidad, como agua fluyendo de sus manos.

Hecha esta salvedad, proseguiré con mi relato.

Estando ya en esta nueva tierra, allá por el año 1948, aconteció el aterrador crimen de un líder popular, postulante al poder de la nación. Lo cual desató un

feroz enfrentamiento, cuya secuela dejó varios cientos de miles de muertos por todo el territorio. Con esto iras concibiendo factiblemente la naturaleza humana, también razonando que al ver un rostro nuevo deberás intuir que tras el, siempre existe un algo oculto mas allá de la probable simpatía; esto es, por que la dualidad que esconde el hombre dentro su ser, suele tener dos rostros opuestos que casi nunca se encuentran, ni mucho menos logran celebrar un punto de acuerdo. Sino por el contrario, el ser humano siempre se balancea sobre un extremo de la báscula, obrando que en ocasiones su conducta linde con lo irracional.

Fue así, como las represalias de seguidores y contrarios del líder arrebatado, llegaron hasta la puerta misma del lugar, que para entonces ocupábamos junto a mi madre. Sucedió, recuerdo plenamente, una mañana cuando el grito descarnado de una joven esposa anunció la muerte violenta de su dilecto conyugue, ahí mismo sobre la plazuela ante la vista aterrada de todos.

Para ese momento yo, a fuerza de golpes, me había hecho un hombre de corazón áspero, más no por eso poco cortés; aunque adecuadamente receloso. Tomé a mi madre de la mano conduciéndola hacia la habitación, mientras, ella me observaba con sus ojos tristes cristalizados por el llanto, buscando una respuesta a tamaña ironía; sintiéndose tocada una vez mas, por el fantasma de aquella guerra que tanto la había dañado, en tanto yo, intentaba sosegarla acariciando su enmarañado pelo. Aquella tarde de pie junto a ella juré ante mi Dios, que nadie la lastimaría de nuevo…”

Observó el joven con consternación la descripción de aquellos detalles, devorando cada línea, a tal punto que su propia imaginación lo trasladó hacia una realidad que no conocía; de la cual había sido hasta ese instante un observador indiferente. Recreó en sus pensamientos las imágenes de niños, mujeres y ancianos; concluyendo que la guerra era un monstruo

insensible, al cual era deber afrontar ha riesgo de terminar siendo parte de él.

Afligido levantó la mirada sobre el dintel del ennegrecido estante abarrotado de libros, encontrando en las figuras que se representaban en aquella pintura de Caravaggio, la imagen misma del anciano luchando contra la adversidad. Sintió compasión mezclada con extrañeza y guardando la carta en el bolsillo de su camisa, abandonó la casa. Reflexionó que aquel viejo, no tenía sueño diferente de dar tiempo al tiempo, porque hace mucho que lo había vivido todo; por eso sus últimos años no eran otra cosa, que el espacio simple de las escasas formas de una ciudad, que lo hería mucho menos que sus propios recuerdos.

La prisión emocional hacia la cual le conducían las líneas que escapaban del papel, elevó el velo cuando su alma advirtió que podría alzarse, en contra de aquel precepto de horror que la humanidad establecía y en el recinto de sus sueños dar cabida a una esperanza nueva. La sombra que se alargaba ahora poseía brillo propio,

sobrellevando el trance sofocante de sus propias dudas. Ese día el muchacho habría de atravesar con cierta sazón de letargo, un camino desconocido que lo llevaría en un viaje por la mente del anciano, ahora, en buena medida la suya propia. Le resultó imposible cerrar la puerta tras de él, regresando de inmediato en busca del rancio sillón, desarrugando la carta para continuar la lectura.

"…Los miserables de aquella cruel época sanguinaria, siguen siendo iguales a los miserables de hoy; viviendo tan campantes como si nada hubiera ocurrido. De esa forma los dueños de la tierra y los grandes capitales, concibieron ladinamente que pactar la matanza entre esos mismos, les ganaría no solo el favor del pueblo, sino, también unas cuantas monedas. En mi abatimiento juzgué, que solo quien ha conocido un antecedente puede ver con claridad lo que ocurre; al instante intuí que la guerra no tiene colores ni ideales, meramente es la misma en cualquier lugar del mundo.

De esa forma, mientras los campesinos se cortaban el cuello entre ellos, los señores dueños de la riqueza se apropiaban de sus terrenos, sus hijas, sus cultivos; haciendo sabio uso de la ignorancia de aquellos, alimentando su heredad con el sudor y el sufrimiento de un pueblo ingenuo. Una vez más frente a mí, como si se tratara del plagio de una obra, estaba la misma guerra, lo único que había cambiado era el nombre del territorio.

La adversidad terminó por socavar el ánimo y la salud de mi madre, arrebatándola de mi lado tan solo un par de años después. Una mañana el viento se llevó su alma, con un aroma de café que inundó el humilde cuarto, gracias a Dios, murió tranquila, de modo que yo estuve conforme.

Poco después conocí a la más hermosa doncella, quien puso en marcha la silenciosa frecuencia de mis sentimientos durante una larga temporada, ocultos en un vacio y profundo rincón de mí ser. Al verla mi corazón clamó un suspiro cuando su mirada se encontró

con la mía, supe de inmediato que seria la dueña de mis noches.

Luego de saludar, se despidió alejándose en dirección a su desvencijado cuarto de inquilinato, había estado frente a mi todo el tiempo; sin embargo, mi propia soledad no me había permitido verla hasta ese instante, en el cual impulsado tal vez por el miedo al retraimiento, que traía consigo la ausencia de mi madre; buscaba refugio en aquellos ojos nostálgicos.

Así, empecé a frecuentarla. Era una joven solitaria agredida al igual que muchos por la violencia, sin padres ni hermanos; la cual vivía en medio de una acrecentada pobreza. No tardó en caer en mis brazos, y si bien, dediqué algunos días a ella, fue mi error, mi crimen poco después dejarla sola afrontando con su fragilidad, la dureza de una existencia de privaciones; con la soledad comiéndole las entrañas, poco o nada le di a pesar de merecerlo todo. Ella quería un hogar que yo no sabía brindarle, a la sazón del abandono, una vez más estaba desierta; se quedaba cada noche esperando

paciente mi regreso sentada en la escalera, mirando en silencio las estrellas, anhelando la libertad de aquellos faroles sobre el cielo. Permaneció demasiadas estaciones sin un hombre a su lado para protegerla; solo hasta después de su prematura partida, supe que mi semilla germinaba en su vientre; era tarde para ambos, el descenso de su cuerpo hacia el sarcófago, solo me dejó por despedida la culpa y el delirio que me desviaron de lo que debió haber sido mi vida, rodeándome de muerte.

Desde aquel transigido escarmiento, el amor solo lo hallé en bares, en rancias cantinas…la doncella había partido de mi vida concediendo el único legado que mi existencia merecía: el más profundo olvido, y del fruto de sus entrañas, tan solo el recuerdo imaginario de lo que pudo haber sido.

El alcohol jamás logró ahogar mis penas, tampoco mis culpas; victima de un voluntario destierro recorrí lugares que preferiría olvidar, sin ningún dejo de moral ni vergüenza.

Consentida la signada carga, el inmediato futuro no trazaba visible alivio para esta golpeada nación, era un enfermo sin mejoría hundiéndose en el abismo de la justicia por mano propia; de la corrupción como forma de vida, de la intolerancia y la indiferencia ante el drama de las victimas, del manido discurso de la guerra resonando como justificación absoluta, enajenando la mente de los jóvenes. Esa es mi vergüenza, por ello te pido perdón, porque también yo contribuí a edificar aquel horror.

Con la soltura que suelen andarse los políticos, corrieron los días postreros bajo los amparos de leyes por ellos concebidas; se afinaba poco a poco el conjunto de horrores que teñía de rojo las calles de los pueblos. Mientras las señoras burguesas cónyuges de corruptos, caminaban refinadas con sus disfraces de damas ejemplares, llevando de la mano niños desaliñados victimas inocentes de sus propios consortes.

Se departía en las cafeterías sobre asuntos de una guerra perdurable, en medio de conversaciones frívolas que cubrían con su membrana falsa la evidente crisis, era una sociedad partida en dos incapaz de mirarse a la cara, intentando ignorar sus pavores.

En esos abriles de mi vida era yo, una persona desacorde con lo que acontecía; un joven propugnando una sentencia disímil, puesto que ya conocía los horrores que encauzan la beligerancia, la forma como sus largas extremidades terminan por tocar, asimismo, a esos burgueses que la promueven; quienes tercamente como piezas de un artefacto social la atesoran, infaustamente, también yo terminé haciendo uso de ella como servidor de sus intereses.

Durante un par de años me mentí a mi mismo sobre el noble carácter de esa lucha, escudriñando un enemigo inexistente, sobre casi todas las cosas, meramente como medida de previsión.

A pesar de ello, empezó a emanar a medida que trepaba aquel trazado de muerte, los restos que

quedaban de mi propia conciencia. De modo que decidí dar un nuevo giro a mi vida y como compensación final a los favores que ofrendé a un grupo de leguleyos, concluí trabajando en uno de los más altos edificios gubernamentales. Irónicamente, mis actos en lugar de ser castigados me habían llevado hasta ese lugar frente a una taquilla de servicios, ubicada en el extremo de una fila de ocho, en la cual pasé la mitad de mi vida.

La casa que hoy es tuya, fue la herencia del tiempo servido, la aciaga compensación a mi pecado mortal; cargando en mi mente la vergüenza, transcurrió cada día. Solo al final pude hallar el albor de una lejana esperanza para mi alma, el último de acto de contrición, obsequio dado por ti y tu santa madre en mi conclusiva partida.

No pretendo mi buen amigo, con estas palabras restar merito ni dar a entender, que aquellos recuerdos hermosos de infancia, de los cuales principalmente te hablé en nuestras tardes de ocio, hayan sido ilusorios; simplemente tu amistad me permitió recordar lo valioso

de los pequeños instantes de alegría, que salpicaron mi atormentada existencia. Tampoco busco en mi narrativa el perdón a mis culpas, pues como ambos sabemos, será el magnánimo creador quien a bien tendrá considerar mi justa penitencia, mas si procuro que entiendas que la vida no puede enmendarse con un bosquejo de existencia distinta, simplemente es lo que ha sido, y solo a ti he revelado gran parte de la mía.

Se despide tú buen amigo Coleman”

Ciertamente, el joven se sintió desconcertado ante tamaña revelación; inclusive un fucilazo de frustración recorrió su ser, sin embargo, concluyó que la honesta amistad que se habían brindado, era suficiente para evitar cuestionar las razones hoy lejanas, respecto de la conducta discutible o no de aquel. Como el mismo anciano lo expresaba en su mensaje: todos tenemos nuestro ecuánime juez.

Seria espinoso precisar si aquella carta, enseñanza final del anciano o a lo mejor las muchas tardes junto a Coleman y sus historias, <su concebido

cometido asignado por Dios, como final expiación a sus faltas> influyeron en que forma o medida en el destino del joven, en cuyo espíritu singular a lo que pudiera concluirse, nació una creciente necesidad social en lugar de un concluyente rechazo, ante la aberrante realidad. Todo esto confluyó en posteriores estudios del oficio político y minúsculas batallas ganadas al interior de pequeños grupos marginales, de quien pasó a ser su cabeza visible, su líder, su esperanza.

Gozaba la existencia de un noble caballero, con una visión diferente en aquel momento de sus fértiles años. Estaba al corriente de todo lo que ocurría, no solo en el claustro universitario, sino también afuera, en esas calles atiborradas de personas cargando sueños a cuestas.

Se revelaba como un joven impetuoso, mucho menos ensimismado que algunos, recto, provocador, optimista, quien proyectaba afianzarse en el arte de la política; era un estudiante laborioso, sabia que tenia, por lo tanto,

todas las posibilidades de lograr su objetivo, lo cual a la postre llegó pronto.

Unas pequeñas elecciones locales fueron el primero de muchos peldaños que esperaba escalar, y de inmediato surgieron ingeniosas ideas con la misma velocidad que florecieron contradictores; mas su carácter recio le permitió soportar múltiples embates, saliendo siempre airoso.

El tiempo transcurrió, entretanto, su brillantez lo llevaba a posiciones aun mas privilegiadas. El camino se había establecido, el joven líder con pequeños pero firmes pasos avanzaba en la consecución de sus objetivos.

Habiendo ganado millas en el terreno político, contando para el momento con la distinción de representar a los miembros de su comunidad, en la administración municipal; sitial desde el cual procuraba cumplir a cabalidad su deber ciudadano, impulsó ideas de progreso para todos. Además, de ser avizor atento del respeto adecuado a las ordenanzas administrativas.

Una mañana que se encontraba temprano en su oficina como era su hábito, llegó hasta sus manos un legajo de papeles para la respectiva aprobación y firma; luego de procurar una exhaustiva mirada, halló en estos documentos allegados por los distinguidos consocios, el evidente compromiso misántropo que suele cargar la política en todo su hervor. No fue forzoso un releer, pues de inmediato, desde aquellos escritos brotaron anomalías, entre ellas: el exagerado número de proletarios convocados en terrenos, incluso, ajenos a su conocimiento o donde su erudición era insuficiente; sumado a esto, plazos que apenas si permitían cumplir con el compromiso de la obra. Sobre todo advirtió en este asunto, la clara inclinación de varios grupos y su conducta afanosa en torno a la firma de la concesión; se podía observar también, estampado sobre las hojas, un montón de rubricas innecesarias dentro de los formularios, los cuales solo debían haber pasado por un par de manos.

Estas extravagancias le llevaron en dirección de un claro evento de naturaleza punitiva, promovido por una fuerza confabulada a quien le tocaría sin duda un generoso auxilio; notoriamente de esta maraña debían formar parte también algunos colegas de su propio partido político. Había claros síntomas, más que eso, la verdad de la fechoría se evidenciaba.

Tomar el portante no era su estilo, de modo que resolvió realizar un estudio independiente, para lo cual, debió investigar profusamente; evaluar cifras, cotejar proyectos símiles. Finalmente el resultado arrojó cifras diametralmente opuestas a las que le habían sido presentadas.

Días después en el transcurso de una de las sesiones, otro bisoño político se aproximó a él durante el receso de la tarde, con un ofrecimiento inesperado.

–¿Esta usted enterado mi apreciado compañero, que en mi comunidad se encuentra actualmente en curso, la concesión para la construcción de una importante avenida?

–Claro algún conocimiento tengo de eso– respondió secamente el joven–

–Pues, bien le diré, que a mi parecer nosotros como nobles hijos de esta ciudad, obrando en derecho como benefactores de nuestra colectividad; por supuesto como colegas y compañeros de bandera, podríamos obtener un beneficio propio de la situación que sin duda convenga a todos.

Esa no era la primera ocasión, que alguien se acercaba con el objeto de lograr una alianza non sancta; traspasando los límites de la legalidad.

–¿Qué opinas? –preguntó el sujeto enseñando una copia del documento.

–Debo revisarlo antes para tomar mi decisión– mintió el joven–. Sin embargo, emergía una duda colosal, sobre como manejar la situación a partir de ese momento; sin ganar más enemigos de los que su ineludible rectitud le había logrado. Esta vez el señor Coleman, desde su celestial destierro, no podría

tenderle la mano; ahora se trataba de su propia vida, con sus particulares decisiones.

Mas tarde, mientras disfrutaba un café, dejó que su fantasía volara sobre los asuntos que ahora le desafiaban y el embrollo que se avecinaba tras los oscuros entretelones, de la que era ahora su forma de ganarse el sustento.

Habría preferido, a lo mejor, dejar todo de lado llevando una existencia sencilla; mas no se trataba solamente de él, sino de miles de personas humildes que ahora acertaban en el otrora chiquillo travieso, al hombre que podría enseñarles un camino distinto al de la constante miseria. Recordó en su desconcierto al difunto viejo, pensó como aquel habría procedido y pareció como si una ráfaga de claridad lo iluminara… ¡jamás vendería su conciencia!

Siguió bebiendo de la taza de café con la parsimonia, de una dosificación revitalizadora; construyendo la columna vertebral de su proyecto, el cual defendería con la convicción de encontrar adeptos,

manifiestamente no dentro de sus propios compañeros de partido; sino allá en esas agitadas calles donde realmente debían crecer los proyectos.

Una semana después acudió de nuevo el novicio funcionario, que se dirigiera a él días antes llevando consigo la idea concertada.

–Compensa la forma del documento con creces cualquier agravio, que pueda generarse a la comunidad, amigo mío–dijo, enseñándole lo que su propia picardía había ideado–aunque me genera dificultad algunos aspectos, a los cuales juntos podríamos dar pulimento–

Nuestro joven apartó el legajo sin mirarlo tan siquiera, reconociendo de reojo la insistencia del otro; aunque la ilegalidad no brotara, en aquel huerto de palabras cargadas de tecnicismos. No por eso, podía ignorar las escabrosas y perspicaces componendas que estallaban dentro.

Aun sabiendo que lo solicitado era mínimo en relación con lo que aquel y todos aquellos esbirros políticos ya tenían adelantado, decidió dejar clara su

postura; rechazando el ofrecimiento de ser participe en tal componenda.

<Pero cuando las larvas crecen en el fango, es difícil dar fin a la plaga>

Y ante una clara advertencia:

–Me dejas atado de brazos mi amigo–sabes que por encima de mi coexisten muchas fuerzas, si bien, me generas aprecio debiste haber ignorado mi propuesta desde el principio. Ahora no podré garantizarte nada–

El joven apreció notoriamente en las palabras de aquel, el intervalo infausto de un peligro oculto y replicó–¡Simplemente son posturas diferentes colega!

–¡Claro que lo son! Asintió el otro, marchándose de inmediato.

La mañana siguiente el joven se incorporó muy temprano de la cama, se dispuso y engalanó rápidamente. Cuando se disponía a partir, observó a la madre descansada sobre el sofá; quien acostumbraba cuando las dolencias de una incipiente artritis se lo permitían, levantarse para escuchar las noticias en una

grabadora que la acompañaba hace mucho. Se aproximó y apoyado por sobre el espaldar del asiento le besó la frente, ella giró brindándole su atención.

El muchacho la observó con simpatía.

La mujer percatándose que empezaba a briznar, le dijo:

–Hijo, espere le alcanzo un abrigo–.

–Gracias madre, estoy bien así, además la lluvia no es fuerte, pronto debe amainar–

–Esta bien, que el señor te bendiga–signó la señora.

Acogiendo esta consagración, dejó la casa. Aún no concluía el trayecto que lo separaba de su vehículo, cuando un fértil chubasco le bañó la vestidura; mas ya era tarde para regresar y tomar la oferta de su progenitora. Empero, justo en ese instante con carácter salvador apareció, una de las ancianas pretéritas amigas del viejo Coleman, quien se aproximó con una inmensa sombrilla de color negro.

–Resguárdese aquí joven–exclamó la señora–no sea que agarre un resfriado.

El joven agradeció el gesto de la longeva mujer, inquiriendo si se dirigía a algún lugar donde él pudiera aproximarla.

–No joven descuide, solo me dirijo a la tienda…esa que está cruzando la avenida –indicó ella con un gesto mientras sonreía. Luego, asumiendo que efectivamente Coleman, era su pariente dijo–usted es tan amable como su abuelo, que el señor lo tenga en su infinita gloria.

Pareció entonces disponerse como suelen hacer los ancianos, a narrar múltiples historias acaecidas antaño; cuando el joven debió interrumpirla afablemente.

–Gracias señora, ha sido usted muy amable. Ya tendremos ocasión de conversar en otro momento…de nuevo gracias, que tenga un buen día–.

Ya al interior de su auto, el joven rumió que esa semana había llovido copiosamente y habría aspirado

plegarse entre las cobijas, o preparar un café en la vieja greca heredada de Coleman; dejando que sus parpados se tornaran pesados, mientras observaba el cuadro morador inalterable de la vieja casa.

La lluvia le recordó su niñez, los meses de Noviembre cuando las gotas se estrellaban contra los ventanales; murmuró mientras conducía, que preferible habría sido una vida privada en lugar de una publica. Luego giró a la izquierda para encontrarse con el edificio donde se ubicaba su oficina, cuando un aviso de venta de equipos móviles le hizo recordar que había olvidado el suyo en casa; no tendría sentido regresar por el– meditó, ingresando a los parqueaderos de la edificación.

–Noviembre siempre es igual…lluvia, caos, siempre ocurre algo– musitó recorriendo el pasillo hacia el ascensor que conducía al cuarto piso, recordó a su santa madre y las tantas angustias que le había ocasionado cuando sin autorización, escapaba de la casa para ir a importunar al viejo cascarrabias.

Al ingresar a la oficina, meditó que habría sido generosa idea colgar el cuadro de Caravaggio, en el lugar donde ahora reposaba un reloj de pared, y en su mente se figuró la remodelación del lugar.

Eran las ocho en punto de la mañana, cuando concluyó la lectura de un informe presupuestal. En ese momento un grupo de concejales de su propio equipo político ingresó, sentándose frente a él después de saludarlo.

–Tenemos que hablar –dijo uno de ellos–. Los caciques electorales nos van a devorar vivos si no hacemos algo respecto a esto; y alcanzándole un mamotreto de documentos le señaló el mismo informe que ya conocía, del cual había rechazado participar.

–¿Qué carajos es lo que ocurre con esto?– cuestionó malhumorado– ¿Por qué tanta insistencia y premura? cuando ni siquiera se trata de una partida económicamente representativa.

Otro de ellos, con la bribonada delineada en la sonrisa de su rostro, se apresuró en indicar el ¿Por qué?

–No se trata solo de esto, mi amigo, lo que ves aquí es solo la cresta de algo más grande; nos estamos jugando no solo el futuro político, sino también el bienestar de nuestras familias.

–No comprendo–replicó el joven.

El lazo de la corbata empezaba a apisonar como el nudo de un verdugo, así que la aflojó un poco de forma que el aire circulara libremente por su garganta; mientras el otro seguía esbozando las razones, que tan difícil le resultaban a él hallar a simple vista.

–No se trata solo del proyecto de la avenida, si no, lo que vendrá a continuación–continuó el expositor señalando cifras y bocetos que esclarecían el lóbrego propósito.

–Como ya debes saber, la necesaria construcción de este nuevo trayecto, dejará bloqueado el ingreso a una importante zona comercial; todo esto se ha concebido, por supuesto, pensando en el desarrollo urbanístico de la localidad. Claro, estos comerciantes deberán replantear sus condiciones para

evitar la quiebra ¡justo donde encajamos nosotros!– continuó– señalando con el dedo índice, desbordado de evidente entusiasmo, el espacio que revelaba la ubicación de un lote baldío:

–¡Aquí está! la única solución para los inconvenientes de esos mayoristas.

–Ya entiendo–reflexionó el joven–tres beneficios en un solo envoltorio, el proyecto de la ruta, las propiedades a menor precio; además el control de lo que sería un nuevo centro comercial.

–¡Exacto!–exclamó el otro–y resulta evidente, no seremos nosotros el obstáculo que frene el desarrollo.

–Ok…comprendo perfectamente, pero debo decirles que me corresponde tener calma y pensar que es lo más acertado–respondió–ahora bien, les agradezco su detallada exposición, les pido disculpas, justo ahora debo asistir a una reunión importante. Ya nos reuniremos luego.

Así partieron los tres que le habían visitado, recordándole antes de salir la importancia de firmar en los tiempos establecidos.

Al quedar nuevamente solo reflexionó–¿Debo contar a mi madre lo ocurrido? quizá ella, con la experiencia de sus años sepa orientarme– luego dejó escapar un prolongado suspiro–mi apreciado Colemán, ¿Que habrías hecho tú? ante la inminencia de un asunto que solo beneficia a un puñado de corruptos, perjudicando a toda una comunidad–.

–Más yo solo puedo concluir que a esta hora, deben estar como gallos de pelea inflando el buche, esperando los granos que les arrojan aquellos que manipulan el poder–.

El asunto de la reunión, claro, había sido una simple excusa para terminar aquella incomoda conversación y poder respirar otra vez un aire menos viciado.

En las postrimerías de la mañana de nuevo en casa, sentado sobre el antiguo sillón del viejo,

continuaba pensando como maniobrar ese juego político; indescifrable y ciclópeo.

Hacia el atardecer concurrió a misa con su señora madre. Al llegar, encendió un velón al santo, de la forma reverencial como el vejete le había enseñado cuando era un niño; se ubicó en el mismo lugar donde aquel acostumbraba hacerlo y de rodillas pidió claridad sobre el camino a elegir. Sin embargo, a su progenitora no reveló sus ansiedades no por falta de confianza, sino para no arrastrarla también a ella, hacia ese callejón oscuro y sin salida que rondaba sus pensamientos.

De regreso en la vivienda, sentados frente al aparato de televisión conversaron de diversos asuntos madre e hijo, lo hicieron durante unos minutos antes de retirarse a descansar, sintiéndose bienaventurados de poder tenerse uno al otro.

–¿Es extraño verdad?–dijo la señora antes de marchar a su cuarto–Conocer al señor Coleman, fue una suerte de inusitado milagro. Míranos hoy aquí,

sentados en la que fuera su casa sin tener realmente vinculo familiar ninguno con él.

–Si…una verdadera quimera de ese destino a veces incomprensible– ratificó el joven y continuó– cada vez que estoy aquí, en este salón frente a esta maravillosa pintura de Caravaggio, es como si Coleman, me hablara a través de esas pinceladas–.

La madre lo miró como si no acertara su extraña reflexión, prosiguiendo con su tarea de dar un último brillo, a la vieja madera de la silla sobre la cual descansaban sus piernas.

Transcurrido un rato, se despidió el joven de su progenitora con expresivo afecto. Eran pasadas las diez de la noche, cuando se marchó hacia su dormitorio contiguo al que perteneciera antes al viejo Coleman, el cual ahora ocupaba la señora.

Esa noche el muchacho dio vueltas en la cama sin lograr concebir el sueño, buscando soluciones, sintiéndose víctima y preso en la envoltura de la siempre lustrosa maquinaria que cobraba a los mas

necesitados, hasta la ultima gota de su sangre; dando al traste con sus proyectos y luchas, tan solo para nutrir de alimento a los insectos que habitaban dentro de ella. Así sentía respecto de la política en medio del insomnio.

El poco descanso obtenido separó sus dudas de sus convicciones. La mañana siguiente sobre su cabeza, cargaba el peso de una decisión definitiva, como antes la conclusión era la misma; se debía a sus electores, por ellos tomaría la providencia correcta, conllevando el peso de ir contra un sistema establecido.

Puede ser que Coleman, consiente o no de se actuar, había entrevisto el compromiso divino de cimentar sobre la mente de aquel muchacho, aquello de lo cual, él mismo en algún momento había rehuido; sembrar la semilla de un liderazgo social verdadero, y quizá si sus años se lo hubiesen consentido, por su propia mano lo habría intentado. Por las razones que fueran, el resultado estaba esbozado en aquel joven, un

hombre de conciencia imbatible tan obstinado como el viejo.

Acto seguido, después de rasurarse <aunque escaseaba del arquetipo de hombre barbudo> el joven se atavió con su mejor traje, así acostumbraba desde que había alcanzado su adolescencia, lucir siempre impecable.

Procuró hacer el mayor silencio antes de dejar la casa, para no despertar a la madre, antes, se aproximó al cuarto para besar su frente, sin alterar tan apacible sueño.

El muchacho, quien gracias al proceder fervoroso obtenido de Coleman, a fuerza de acompañarlo tantas tardes a la iglesia, se había tornado en un fiel católico; asistió esa mañana al santuario, estando ahí, frente a la imagen del santo, el mismo con el cual tantas veces hablara el viejo; pidió de este una vez mas, favorecerle con la lucidez del camino a seguir. Permaneció durante largo rato observando y repitiendo oraciones, percibió que la tranquilidad que inundaba

aquel recito santo, era la compañía que necesitaba; sintiéndose liviano al salir, para luego dirigirse a su trabajo.

En el camino se indemnizó por su conducta opositora, sintiendo el arrebato de quien se sabe único y justo en su forma de vivir, que no peca de ignorancia al fermentarse vivo en un caldo de pudrición.

Una vez llegó a su oficina, luego de saludar a la asistente aseguró la puerta, no sin antes, pedir a la subalterna no pasarle llamada alguna.

Antes de darse a las labores cotidianas, tomó el portarretratos que sostenía la foto de su progenitora y retirando el polvillo que le cubría le expresó cuanto la amaba, agradeciendo, además, sus esmerados cuidados.

Al advertir el reloj de pared, notó cuantas vueltas de manecilla habían transcurrido desde su bienquista infancia. Ya no era un chiquillo, el tiempo había transcurrido y empezaba a sentirse solo, atrapado en un salón apilonado de documentos, ataviado de fondo con una enorme biblioteca harta de libros de

derecho; nada parecida al sencillo estante, que conservaba los ambarinos recuerdos de su niñez. Quiso salir, brindarse un alivio para si mismo, conocer una bella mujer, compartir la vida y en algún momento tener hijos, para no terminar sus días como el viejo Coleman, o como su propia madre, en un rincón solitario de la vieja casa dormitando bajo la tutela del antiquísimo cuadro de Caravaggio.

Sus reflexiones fueron estorbadas por el insistente repicar del teléfono, se trataba de su secretaria, quien descartaba la orden dada minutos antes; ante la insistencia, al parecer de un colega.

–Si…diga–contestó.

–Así que tú eres el hombre ajustado a la ley y las normas–dijo una voz al otro lado de la línea– y continuó–sabes algo muchacho, cuando un compañero deserta como pretendes hacerlo, ese elemento del proyecto puede debilitar lo proyectado.

–¿Quién habla?–indagó el joven.

No obstante, el otro prosiguió– Indaga con cualquiera de nuestros apreciados doctores, si en esta causa le hemos lanzado alguna vez fango a un amigo sobre el rostro, por el contrario siempre hemos sido un grupo unido que propende por el bienestar general.

Tú lucha es necia, pues las personas que proteges con fogoso ahincó, ya han conocido el extremo rostro de la pobreza antes de tu llegada; residencias con techumbres cuyo único merito ha sido sostenerse de forma milagrosa, sin herir algún transeúnte.

Mira muchacho, la oposición a estos primordiales proyectos no va a ganarte votos por el contrario, estas apresurando tu caída–.

Así concluyó la llamada, sin que el joven tuviera la menor idea, de quien lo amenazaba con tan poco sutil tacto.

Dejó su oficina, se despidió de la asistente y abandonó perturbado el recinto sin esperar el ascensor; descendió por el caracol de escaleras apilonadas hacia

los parqueaderos, con las piernas temblorosas, sintiendo un estremecimiento que le calaba los huesos.

No obstante, al confluir en el aparcamiento junto con otras personas, que también salían a la misma hora; sintió un vago alivio al ver algún rostro que familiar le saludaba. Abordó su vehículo y al ponerlo en marcha resonó en su cabeza que esa era la política, siempre existirían presiones, amenazas; juzgó que no debía temer por su vida, por el contrario le vendría bien ser mas cauteloso o manifiestamente, acudir a organismos que supieran brindarle cualquier tipo de protección adicional.

Entretanto, recorría las calles aledañas al sector causante de sus desvelos, con la mirada repasaba el lugar tapizado por pequeños comercios, en cuyos portones se aventuraban vehementes los vendedores, atentos a cazar algún distraído transeúnte.

La lluvia que había cesado, principió a agitarse de nuevo. Era el mediodía.

Prosiguió el camino hacia su hogar, cuando llegaba, a través del ventanal la madre distinguió las formas del vehículo que se aproximaba apresurándose en abrir la puerta, para recibirlo con un afectuoso abrazo como si llegase de lejos, de un viaje por tierras remotas; él por su parte sintiéndose nuevamente un niño, quiso refugiarse en aquel mimo para olvidarse de todo lo que la vida adulta trae consigo.

–Hijo, aguarde le traigo una camisa seca– mencionó la señora.

–El joven asintió con la cabeza–y dando las gracias, solicitó cariñosamente a la mujer que tuviera a bien, ofrecerle una aromatizada taza de café antes de ser fusilado por el cansancio; mientras se informaba sobre los acontecimientos ocurridos, en el noticiero del mediodía.

Podía afirmarse que el muchacho estaba más intranquilo de lo cual aparentaba, conociendo las desagradables sorpresas que la política podía traer

consigo, palmariamente, su desconfianza se había agudizado con aquella llamada.

Se recostó casi tendido completamente sobre el sillón, mientras la señora le alcanzaba el control remoto y la taza de café; indagando también, si deseaba algo en particular para el almuerzo.

–Gracias madre–Es suficiente con el café, por ahora no tengo mucho apetito. Si lo deseas, te acompaño mientras tú almuerzas–indicó el joven.

La televisión entretanto, se anegaba de símiles informes que presentaban más de lo mismo: corrupción…más corrupción, de la cual estaba al tanto y pretendía variar cuando menos, para su caso particular y el de su comunidad.

Junto a él se sentó su progenitora, alma noble, madre amorosa; cuya única lucha la enfrentaba contra los dolores de la artritis temprana que emprendía a agobiarle su senectud.

En aquel salón el silencio se escribía con palabras, que solo una madre sabe interpretar.

–¿Hay algo que te aqueja hijo?–preguntó mirándolo con gesto compasivo.

–Nada…descuida, solo cosas del trabajo; excesivos informes, papeleo, esas cosas–argumentó el muchacho, queriendo esquivar la preocupación de su progenitora.

Cualquiera fuera su postura o sus razones de acto, sabia que no aceptar tales prebendas ofrecidas, acarrearía inconvenientes; y al ver a su señora madre junto a él acertaba que su preocupación le venia mas por ella, que por si mismo, siendo su único sostén. Puesto que aquella mujer dada su condición, a futuro difícilmente podría valerse por sus propios medios.

A pesar de la lluvia el calor se tornaba intenso, tanto que pesaba sobre las sienes cargando los parpados de letargo. El joven encubría la neurálgica idea que rondaba su mente cuestionando, si seria justo aquejar a su madre con sus preocupaciones, mientras la observaba de reojo; aquel profundo silencio que no bastaba para separarlos, como tampoco separaba sus

pensamientos, le hizo recordar las tardes cuando Coleman, dormitaba y él meramente recorría los rincones de la casa en busca de algún esparcimiento.

El día siguiente de nuevo en sus labores, fue recibido con el nerviosismo de la asistente, quien con expresión abatida le tomó por sorpresa con alarmantes noticias.

–Jefe, debo pedirle excusas por algo ocurrido el día de ayer–dijo y continuó– a eso de las dos de la tarde, vinieron algunos miembros del partido con la intención de ingresar a su oficina; aun, cuando quise advertirles sobre lo improcedente de hacerlo sin su previa autorización, ignoraron mi solicitud, husmeando durante una media hora entre sus documentos–.

La auxiliar se disponía a continuar relatando los pormenores del hecho, mas la conversación fue interrumpida por una llamada entrante, al teléfono móvil del joven político.

–Hola ¿Quién habla?–consultó.

– ¡Hola apreciado compañero!–dijo la voz del otro lado–disculpa la intromisión en tu despacho, ya comprenderás que los asuntos de los últimos días han estado un poco caldeados; por lo demás no te preocupes, no hemos tomado nada.

El joven reconoció al instante la voz, se trataba del mismo colega que se había acercado a él por primera vez, con la torcida propuesta.

El silenció anunció la interrupción de la llamada.

La secretaria ansiaba proseguir, pero este con un gesto de la mano dio a entender que era suficiente con lo que ella le revelara; además de eso la llamada había resultado suficientemente esclarecedora, así que simplemente continuó en dirección a su despacho.

Cerrando la puerta avanzó hasta el sillón con el rostro pasmado, llevándose las manos a la cabeza exclamó– ¡Por Dios!– sin concebir nada de lo que ocurría y con evidente exaltación ante tales abusos –

¿Todo esto a qué viene? en que inconveniente fatal me encuentro inmerso, sin haberlo pretendido–

Revisó su escritorio vilmente atropellado procurando el orden habitual, fue precisamente cuando se percató que contrario a lo que dijera quien le había llamado, algo si había desaparecido; no era otra cosa que la propuesta alterna, como solución al asunto de la construcción de la vía, la cual había ideado en su brillante mente dejando aquel borrador inicial, concepción sin perjuicio de los comerciantes y del presupuesto estatal. Una solución simple que abarataba costos, forjando eficacia; sin embargo, finalmente esa seria su condena…

Una descarga de coraje le recorrió el cuerpo, como un resorte se incorporó del asiento dispuesto a dar una reconvención a su asistente por su laxitud. Avanzó hasta la salida del despacho y se quedó mirándola desde el quicio de la puerta, ella lo observó de vuelta intimidada, echando de ver que a lo mejor,

podría haber evitado aquel impase; no obstante, sin tener idea de cómo haberlo hecho.

Pensamiento que también cruzó la mente del joven al ver a la muchacha, de unos veinte años de edad, la cual probablemente alcanzaba ese, por primer trabajo. Dedujo que poca o ninguna sagacidad albergaba su ser para enfrentar, la argucia que ni el mismo podía reconocer.

Por un instante ninguno de los dos emitió juicio alguno. Entre tanto, en el televisor del salón de espera para visitantes, el noticiero del mediodía en una sección del mismo dedicada al humor, ridiculizaba con dardos cargados de subjetiva verdad a la burguesía política reinante; esa misma a la cual ahora el muchacho pertenecía y era causa de hostilidades en su contra.

Finalmente decidió marcharse sin descargar su frustración, sobre alguien que a la postre también era una victima al igual que él, pero antes de cruzar el salón hacia la salida le solicitó a la asistente, que apagara el aparato de televisión; mientras avanzaba las venas

brotadas que el ejercicio de la rabia provocaba, podían notarse surcándole la piel sobre los brazos.

–Doctor ¿se encuentra bien?–Indagó ella con una mezcla de nerviosismo y timidez.

–Claro, descuida–intentó fingir él–por favor me avisas si se presenta alguna eventualidad.

Ella se puso de pie aproximándosele, casi como queriendo abrazarlo y estancándose en el último instante, al hacerlo un centelleo en su mirada reveló que ella gustaba de él.

El joven lo notó, aun cuando prefirió avanzar rumbo a la salida, en busca de la zona de ascensores. Sin duda era una hermosa muchacha, pero sus obligaciones hace mucho le habían privado de su vida personal; de la alegre y festiva jarana universitaria envuelta en amores pasajeros y buenos amigos de farra, solo quedaba un recuerdo lejano.

–Realmente necesito tiempo para mi–Reflexionó–mientras la puerta del elevador le daba paso.

Abandonó el edificio sin tomar el automóvil, optando caminar por las aglomeradas calles, a pesar de una suave brizna que bañaba su rostro.

Apesadumbrado por los acontecimientos, meditaba una táctica que le permitiera salir de aquel callejón oscuro que serpenteaba ante él, frustrando sus proyectos, haciéndole sentir hervor en la sangre; al comprender que los insignes ideales a veces no son excusa ni razón suficientes, innegable también, en ocasiones resultan la única luz en medio de las tinieblas.

Aturdido por una cólera, que le inundaba los sentidos aumentando con cada paso, interpretó que la única salida era aplicar el mismo estilo de aquellos y decidió visitar, a quien le había llamado minutos antes para confrontarlo de una vez por todas, dejando en claro su inamovible postura.

Se detuvo al escuchar el repicar de un teléfono móvil, mas no se trataba del suyo, aun cuando el sonido resultaba muy cercano; recordó entonces que aquella

tarde portaba el teléfono asignado para su cargo, no su número privado. Con premura llevó la mano hasta el bolsillo del pantalón tomando el aparato, dándose cuenta que la llamada provenía de casa; era su progenitora, su amada y solitaria madre.

–Por fortuna también le dejé este número– pensó– ¿habrá ocurrido algo?...por unos minutos titubeó como si un oscuro presentimiento opacara lóbregamente la tarde — ¡Hola…!– Dijo-

Al momento, del otro lado de la línea la suave voz de la mujer farfulló–Hola hijo–

Sin razón aparente, un frio intenso le recorrió el cuerpo, estremeciendo hasta lo mas profundo los huesos– ¿Ocurre algo madre?–indagó.

–¡No…No! hijo, descuida–Respondió ella–solo llamaba para pedirte que regreses temprano a casa, recuerda que hoy debemos congregarnos en la iglesia para orar por el alma del señor Coleman.

–Claro mamá…era eso, disculpa lo había olvidado, ha habido algunos asuntos laborales; descuida estaré en casa temprano…te quiero–

–Y yo a ti…cuídate mucho–se despidió la señora.

Concluyó que últimamente se preocupaba más de lo necesario y todo el asunto de la presión, que sobrellevaba a causa de sus propios copartidarios; era un sinsabor habitual del oficio político. Consideró que quizá estaba sobredimensionando todo. Esta vez, decidió disfrutar la ciudad, el clima, las personas que distraídas cruzaban por su lado; avanzó un poco mas, cuando sus ojos se posaron sobre la antigua fachada del edificio de artes en cuya portezuela, se anunciaba una interesante exposición de cuadros. Sintió el impulso de cruzar la calle, de adentrarse en aquel mundo apacible inundado por el arte, tener la oportunidad de comparar su maravillosa posesión ancestral legada por su viejo amigo, con las obras de nuevos artistas; lograr acertar que a pesar del inexpugnable tiempo la sociedad refleja

sus pasiones y realidades sobre lienzos multicolor, que les trascienden a ellos mismos para décadas e inclusive siglos después, hacer volar la imaginación de nobles anónimos como él hacia lugares desconocidos, extrañamente añorados.

Mas estas reflexiones no le evadían de su original cometido, cualquier idea que cruzara su mente, conceptuó, debía tomarla como una fuente de excusa; de tal modo que resolvió proseguir su andar sin importar que tan inconveniente resultara, y él lo sabía, ir contra viento de aquellas fuerzas que se combinaban. A pesar de todo su propia aprensión, resultaba insuficiente para hacerlo desistir de sus justos propósitos; eso si, no descartó asistir luego a la exposición para oxigenar un poco sus ideas.

Continuó su marcha hasta encontrar un pequeño mercado, el cual circundaba el edificio de oficinas que se disponía a visitar. En el segundo piso esperaba encontrar al sujeto para confrontarlo, dando por

concluida de una buena vez aquella asechanza en su contra.

El cielo gris afín con la temperatura cada vez mas gélida, se matizaba con el humeante hilo blancuzco, que desprendía desde un puesto de comidas rápidas; mientras avanzaba, observaba las personas a su alrededor como fichas de un tablero de parchís hecho de concreto, grasa y humedad.

Con distracción continuó su andar, hasta ser sobresaltado por un impulso escalofriante que le hizo detener, al escuchar el trémulo gruñir de un motor resonando presuroso; viró y su mirada se cruzó con la de dos hombres quienes sobre una motocicleta, vistiendo chaquetas oscuras se detuvieron justo frente a él.

El tiempo se estancó, dejando escuchar el clic metálico de un artefacto de fuego activándose, seguido por un ruido seco, ensordecedor; tan solo una fracción de segundo después el punzón del proyectil abrió la carne, dejando que las delgadas hebras de sangre

borbotearon al instante con brío, dejando ver su tonalidad marrón.

Intentó esquivar el obstáculo de una columna de concreto y correr con un arresto infructuoso, antes de escuchar el segundo fogonazo que esta vez, lo hizo desplomarse.

Al instante rostros curiosos se apilonaron, como un marco que revelaba ante él la panorámica de un cielo, dejando ver sus entrañas azules; liberado de los níveos cúmulos que ocultaban su belleza. Ya no llovía.

Este escenario le hizo caer en razón de su estado abatido, el silbido famélico de la sirena de una patrulla cada vez mas próximo dispersó la muchedumbre, el tropel de semblantes afligidos se desnudó, para dar paso al atisbo alarmado de dos policías, quienes se apostaron uno a cada lado de su ser tendido sobre el grisáceo lecho. Un uniformado lo tanteó, asegurando que pronto vendría la ayuda, manifiestamente, el joven intuyó que no acontecería de esa manera, empezó a sentirse como una ave que emprendería el vuelo hacia

un horizonte anónimo, solitario como siempre había sido. En su deliberación, todavía no acertaba como un hombre de principios compactos, afinados paso a paso por la voluntad de su conciencia, alguien incorrupto se encontraba tendido sobre la acera, a punto de ser rellenado en una solución de formaldehido.

Con el frio recorriéndole los músculos, con las pupilas profundas y dilatas, levantó la mirada, ahí, sobre el aire encontró el rostro del viejo Coleman.

Mientras expiraba recordó que el individuo no es por si solo, sino, el resultado de la sociedad; esa misma que precipitada avanza en busca de un milagro o simplemente de hacerse un harakiri social, por intermedio de sus conformes decisiones; y aún el mas destacado de los pintores, no es otra cosa que el oleo de Dios, para representar su creación. Así como también, los lideres son el oleo de los pueblos, jueces, verdugos y victimas de su elegido destino.

Recordó con nostalgia a su afectuosa madre, quien seguramente se quedaría esperándolo sobre el

bancal frente al portón de la casa; reclinada sobre la vieja silla otrora propiedad de Coleman, la cual probablemente habría remolcado hasta el lugar con dificultad tan solo para recibir más tarde, la mas inesperada noticia que se le puede dar a una madre. Se sintió culpable, aun sin serlo, por dejarla desprotegida; pero entendió que cada cuadro tiene sus propias pinceladas, le gustara o no, aquel representaba su vida, la cual había intentando vivir de la mejor manera.

Los minutos avanzaron rápidamente y el muchacho se convirtió en un fisgón mas de su propio final, en medio de la multitud de desconocidos que le acompañaba como infantes curiosos; concluyó igualmente, que el traslado de su cuerpo hacia la clínica seria un fracaso, por la cantidad de automóviles que circulaban a esa hora, de modo que tendría que morir ahí, sobre aquel adoquinado.

Leyó un ultimo anuncio que promocionaba un candidato, juzgando que debía marchar con la final esperanza, que algún día el pequeño esfuerzo brindado

por cada miembro de aquella tropa de ciudadanos ansiosos, permitiría el nacimiento de un héroe; que al igual que en la pintura de Caravaggio, lograra derrotar al monstruo.

Mansamente dejó caer sus parpados y en el postrer instante, la mano de su amigo Coleman, se extendió hacia él levantando su alma por el aire, a la sazón de aquellos segundos conclusivos advirtió que reunidos de nuevo, recordarían una vez mas viejas historias.

FIN